

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 219S

LA PERSONA DE CRISTO

*“Y aquel Verbo fue hecho carne, y
habitó entre nosotros”.*

Juan 1:4

Nuestro propósito

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia
de Dios en la salvación y promover santidad
verdadera en el corazón y la vida.”*

Portavoz de la Gracia

La persona de Cristo

219s

Contenido

Cristo es todo en todo	1
<i>William S. Plumer (1802 -1880)</i>	
Cristo en la eternidad	7
<i>Isaac Ambrose (1604-1664)</i>	
Cristo es el verbo hecho carne.....	12
<i>David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)</i>	
Cristo es Dios.....	21
<i>William S. Plumer (1802-1880)</i>	
Cristo es hombre	30
<i>Thomas Brooks (1608-1680)</i>	
Cristo es de valor incalculable	39
<i>Octavius Winslow (1808-1878)</i>	

Publicado por Chapel Library
Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados

© Copyright 2015 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. **In Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org/spanish

CRISTO ES TODO EN TODO

William S. Plumer (1802 -1880)

La gran verdad primordial de la religión cristiana se centra en la persona, el carácter, la obra, el sufrimiento, los oficios y la gloria de Jesucristo. Estos conceptos son vitales en el cristianismo. Si conocemos la verdad o estamos errados en estos asuntos, así también estaremos fundamentalmente correctos o errados en lo principal. Tanto hoy como en el Día del Juicio¹, la gran pregunta para determinar nuestro carácter y destino es la misma: “¿Que pensáis del Cristo?” (Mat. 22:42).

En este tema, la controversia ha existido por mucho tiempo... todos los amigos de Dios han creído estar de un lado y todos sus enemigos mayormente del otro; si no abiertamente, si en secreto; si no oficialmente, sí en la práctica. Por mil ochocientos años, una gran parte de todas las herejías han estado relacionadas con la persona o la obra de Cristo. La infidelidad² más amarga es contra Cristo, mientras que la reverencia y obediencia a Dios se alimenta de la verdad que es él. Muchos se burlan y muchos más lo rechazan, mientras que otros lo admiran y adoran. Algunos obedecen, otros exclaman: “No queremos que éste reine sobre nosotros” (Luc. 19:14). En ninguna otra época ha existido más hostilidad contra Cristo que ahora.

¡Jesucristo es maravilloso, es glorioso! Restarnos importancia a nosotros mismos y a nuestra propia labor para ir a Cristo es tener vida eterna. La seguridad consiste en acudir a él y permanecer en él. Cuando su espíritu nos llena, la noche se aleja y amanece totalmente despejado. Sus nombres y títulos son tan importantes como significativos. Cada uno de ellos es un bálsamo derramado sobre nosotros. Sus labios son como panal de miel. Miel y leche hay debajo de su lengua, y el olor de sus vestidos como el olor del Líbano... por los suyos es bien amado (Cant. 4:11; 5:16).

Él es su defensor, el ángel del pacto, el autor y consumidor de la fe. Es como el manzano entre los árboles del bosque; el Alfa y la Omega; el amado, el Pastor y Obispo de almas, el pan de vida, renuevo justo, el esposo, el resplandor de la gloria de Dios, y la fiel imagen de lo que él es. Él es un manojito de mirra.

¹ Veá FGB, *Day of Judgment*, (Día del Juicio), a su disposición en CHAPEL LIBRARY.

² **infidelidad** – no creer las verdades del cristianismo.

Sus santos le reconocen como Creador, capitán, Consejero, pacto, piedra angular, refugio en la tempestad, señalado entre diez mil. Él es para ellos como el rocío, la puerta hacia el rebaño, mediador, estrella de la mañana, libertador, diadema, el deseado de las naciones, las categorías y generaciones de hombres piadosos.

Ante sus ojos, él es el elegido, Emmanuel, el Padre eterno y la vida eterna. Él es la fuente de agua viva para las almas sedientas, de gozo para las almas atribuladas, de vida para las almas moribundas. Es el cimiento sobre el cual su pueblo construye sus esperanzas en el cielo. Es el Padre de la eternidad, el árbol de ciprés bajo cuyas sombras se regocijan los santos, el Principio y el Fin, el primer fruto de la cosecha más grande jamás reunida, el primogénito entre muchos hermanos y el unigénito de entre los muertos.

Para sus escogidos, él es como el oro más fino, un guía, soberano, glorioso Señor, Dios, Dios verdadero, Dios sobre todo y bendito por siempre. Él es la cabeza de la Iglesia, salud, esperanza, esposo, herencia, morada de su pueblo. Es su poderoso Salvador. ¡Cabalga sobre los cielos por su nombre YAH! Es Jehová, herencia, juez y Rey de sus santos. Es su luz, vida, Señor, líder, legislador, Cordero Redentor, lirio del valle, León de la tribu de Judá.

Él es Jesucristo el Hombre, Señor, mediador, mensajero del pacto, ministro del verdadero santuario “que levantó el Señor, y no el hombre” (Heb. 8:2). Es el Dios todopoderoso de Isaías... la estrella resplandeciente de la mañana de Juan, y el Mesías de los profetas.

Él es el “unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14). Es tanto la raíz como la descendencia de David. Es la Paz, el príncipe, el sacerdote, el profeta, el potentado, el purificador, la propiciación³ por nuestros pecados, el médico de nuestras almas, planta de renombre, el poder de Dios para salvación, la Pascua de los santos. Saeta bruñida en la aljaba de Dios.

Él es la Roca, el refugio, el soberano, el rescate, el purificador, el redentor, la justicia y resurrección de todos los que visten túnicas blancas. Es la rosa de Sarón. Él es de la semilla de la mujer, la semilla de Abraham, la semilla de David, la rama de Isaí, Hijo de Dios, el Hijo del Hombre, el escudo, la fortaleza, la seguridad, Siloh (verdadero rey), el sacrificio, el santuario, la salvación, la santificación y el Sol de justicia para todo creyente.

³ **propiciación** – ofrenda por el pecado que quita la ira; un aplacamiento.

Él es el ser santo que nació de María (Luc. 1:35). Él es la verdad, el tesoro, el maestro, el templo, el árbol de vida, el gran testador⁴ de su iglesia. Él es el camino, la fuente de salvación, la Palabra de Dios, la sabiduría de Dios, el testigo fiel. Es [llamado] *Admirable* (Isa. 9:6).

Él es una sola persona; sus naturalezas son dos. Es tanto humano como divino, finito e infinito, creado y no creado. Ha existido desde antes que Abraham, aunque no nació sino hasta años después que este patriarca durmiera con sus antepasados. Él estuvo muerto; mas he aquí vive por los siglos de los siglos (Apoc. 1:18).

En la tierra no tuvo donde recostar su cabeza; aun así dispone de todos los diademas. Por él, los reyes gobiernan y los príncipes decretan justicia. Tiene el brazo de Dios y el corazón de un hermano. Ante él toda lengua confesará y toda rodilla se doblará: “por lo que padeció aprendió la obediencia” (Heb. 5:8). ¡Nadie ama como él, nadie se compadece como él, nadie salva como él!

No sorprende que una persona como es Jesús viva y reine en el corazón de su pueblo. No nos maravillemos que las vírgenes lo amen, los santos lo alaben, los mártires mueran por él y no se avergüencen de confesarlo. Los creyentes se aferran a él y no lo dejan ir. El ceño fruncido sacude el marco de la naturaleza universal, su sonrisa da vida, su presencia convierte mazmorras en palacios, su sangre limpia el pecado, su justicia es la túnica blanca de los redimidos.

Si los hombres quieren ser salvos, sabios, santos, alegres, útiles, fuertes o victoriosos, que miren a JESÚS, que no miren a ningún otro lugar, que caminen en él, moren en él, se gloríen en él y cuenten como pérdida todo lo demás.

Podemos mirar a la Ley hasta que el espíritu de esclavitud nos abrume con sus terrores y tormentos. Podemos tratar de hacer nuestra propia justicia jactándonos, pecando y muriendo como un fariseo. Podemos llorar hasta que la fuente de nuestras lágrimas se haya secado. Podemos tener todos los dones, entender todo misterio, dar todos nuestros bienes para alimentar a los pobres y entregar nuestro cuerpo para ser quemado (1 Cor. 13:2-3); pero ninguna de estas cosas puede expiar el pecado, ni puede recuperar el favor perdido con Dios, ni hará que tomemos parte en recibir la herencia de los santos en luz. “¡Solamente Cristo, solamente Cristo, solamente Cristo!”, ha sido el clamor de los testigos fieles de todos los tiempos cuando la verdad triunfó, cuando enmudecieron los oráculos, cuando los pecadores se convirtieron, cuando los santos

⁴ testador – alguien que hace un testamento o pacto.

clamaron con gozo, cuando la Palabra de Dios creció y prevaleció con gran poder!

La verdadera piedad empieza, continúa y se perfecciona en nuestra unión con Cristo⁵. Somos limpiados con su sangre, vestidos con su justicia, purificados con su Espíritu. Cumplimos las demandas de la ley de este día de gracia cuando andamos como él anduvo y tenemos el mismo sentir que tuvo él. En la medida que los hombres son verdaderamente piadosos, lo tienen a él como su fundamento y la piedra principal, la suma y sustancia y centro de todas sus esperanzas y regocijos delante de Dios. El mundo lo acepta y cree en él, no solamente porque no hay otro Salvador, sino porque su salvación para los pecadores es exactamente la que necesitan y porque le trae honra y gloria a Dios en lo Alto.

El verdadero creyente no solamente confía en Cristo sino que lo hace motivo de su alabanza. No solamente lo menciona, no admite que nadie sea comparado con él. Para todos los fines, partes y propósitos de salvación, Cristo es único. No hay nadie como él, no hay nadie con él, no hay nadie antes que él, no hay nadie después que él, no hay nadie además de él. No tiene predecesor, no tiene ni tendrá sucesor. No tiene vicario. No tiene asistente; viste una corona indivisible y ejerce perfecta soberanía sobre un reino sin divisiones. Así como el pueblo de Dios lo exalta por sobre todas las cosas, lo hace también su santo y eterno Padre. Así como lo corona Señor de todo, también Dios lo ha exaltado y dado un nombre que es sobre todo nombre. Si lo admiran y ensalzan sublimemente, tienen una razón para hacerlo. Es cosa santa y lógica postrarse ante él y exclamar: “¡Señor mío, y Dios mío!” (Juan 20:28). Así como es el deleite del hombre, es también el deleite de su Padre. Escucha la voz de la magnífica gloria: “Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mat. 3:17).

Erramos tristemente cuando empezamos en el Espíritu y terminamos en la carne; cuando reconocemos a Cristo como el Autor, pero no como el consumidor, de nuestra fe. Un espíritu legalista es la perdición de la piedad. Es enemigo tan grande de la santa paz como lo es de la gracia del evangelio. Por la Ley, los creyentes están muertos para la ley a fin de vivir para Dios (Gál. 2:19). Este es el plan del evangelio. He aquí el secreto de crecer conforme a Dios. Aquí hay poder, aquí hay vida, aquí hay sabiduría. Somos hechos completos en él.

En las guerras de opinión, las discusiones más grandes que han existido han sido referente a si Cristo es la única y suficiente fuente de

⁵ Vea FGB 214, *Union with Christ* (Unión con Cristo), a su disposición en CHAPEL LIBRARY.

salvación del hombre. Sería extraño que cualquiera que tiene la Palabra de Dios lleve la de perder en este tema. Las Escrituras no pueden ser más claras: “Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree” (Rom. 10:4). Esta es la síntesis de las enseñanzas inspiradas sobre este tema. Esta doctrina va mucho más allá de lo que puede crear la inteligencia humana, en cambio, es totalmente conforme con la justa razón. El evangelio no proviene de la sabiduría humana, pero es el remedio apropiado para las aflicciones humanas. El corazón del hombre se encuentra firmemente aferrado a un plan que no humille su orgullo ni acalle su vanidad. Aunque con nuestra regeneración la insensatez es tan profundamente curada que el alma se sostiene en Jesús, aun el convertido a veces puede retroceder y perder el discernimiento claro y vivo del único camino de salvación indicado por Dios. A esto le sigue la oscuridad, el sufrimiento y la insuficiencia. Han sido embrujados (fascinados) y no siguen la verdad (Gal. 3:1).

Cristo es nuestra vida: separados de él, somos ramas secas. Solo cuando vemos claramente a Cristo y lo aceptamos de corazón nuestra paz fluye como un río y nuestra justicia como olas del mar. Corremos toda la carrera cristiana animados hacia la meta por el premio del llamado supremo de Dios en Cristo Jesús. Todos los actos de fe son fruto del Espíritu; el objeto de todos estos actos es la persona de nuestro Señor Jesucristo; su garante es la promesa de Dios, el llamado del evangelio; y cuando renunciamos a nosotros mismos, traemos a Cristo a nuestra alma, la esperanza de gloria.

Oh, que los hombres aprendieran que el Monte Sinaí se encuentra lejos de Jerusalén y que el Calvario está muy cerca de él. Cuanto más cerca estamos de la Ley como un pacto de vida, más lejos estaremos de Cristo, lejos de la liberación. La multitud de santos que ha terminado la carrera y ha llegado a la patria celestial tenía pecado, culpa, insensatez, angustia e impotencia, pero en él encontró los tesoros escondidos de sabiduría, gracia y gloria...

Este tema sugiere algunas observaciones para dos grupos de personas:

1. **A los cristianos:** Al creer en Cristo, has actuado sabiamente. Sufrir gustosamente por él es mejor que regocijarse en el mundo. Es mejor ser un prisionero por él que un príncipe sin él. Morir en Cristo es caer en un sueño en Jesús y estar por siempre con el Señor. Aférrate firmemente a tu profesión de fe en su nombre. ¡Apégate a él, sigue firme en él, vive por él, mantén la vista en él, permanece listo a morir por él, haz que tus deseos se centren en él, que tus deseos de vivir en santidad provengan de él, que tus tristezas sean santificadas por él, que tus alegrías sean intensificadas, aceptadas, endulzadas por él! Permanece solo en él.

Estamos tan obligados a creer que hay un solo Mediador⁶ como lo estamos a creer que hay un solo Dios (1Tim. 2:5). Ningún otro puede hacernos ningún bien. La devoción a Cristo no puede jamás ser excesiva. Muchos aman, sirven, confían y lo alaban muy poco; ¿pero quién hay que lo haya amado, servido, confiado, o alabado demasiado? “No hay amor al deber donde no hay amor a Cristo”⁷.

2. **A los que no han acudido a Cristo y aún están en pecado:** ¿No vas a recibir al Salvador? Si Cristo no es tu Garante, tendrás que pagar tu propia deuda. No desprecies su cruz. Ahí está la vida del hombre. Fue diseñada por hombres malvados para ser, y sigue siendo, un sello de desprecio, una señal de ignominia. Cristo crucificado fue para los judíos tropezadero y para los griegos locura. Cuídate de no caer en sus caminos de perversidad. ¡Ven a Cristo! Él murió por pecadores; se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, una redención para muchos, un sacrificio de olor fragante. Entrégate a él. Cree en él y la Ley ya no te condenará. Cree en él y Dios te aceptará en el Amado. Cree en él y tendrás derecho al árbol de vida. Cree en él y el aguijón de la muerte no puede hacerte daño. Cree en él y tendrás parte en la primera resurrección. Cree en él y tendrás valentía para el Día del Juicio. Pero si lo sigues rechazando, tu corazón se endurecerá más de lo que ahora está. Sigue rechazándolo y el día de gracia desaparecerá eternamente para ti. Sigue rechazándolo y despertarás a la vergüenza y confusión eterna. “Hay un abismo terrible en el corazón del que no ama a Cristo”⁸.

Tomado de *The Rock of Our Salvation* (La roca de nuestra salvación),
Sprinkle Publications, www.sprinklepublications.net.

William S. Plumer (1802-1880): Pastor presbiteriano norteamericano, predicador del evangelio y autor de numerosos libros, nacido en Greensburg, Pensilvania, EE.UU.



⁶ Vea FGB 183, *Christ the Mediator* (Cristo el Mediador), a su disposición en CHAPEL LIBRARY.

⁷ Gardiner Spring, *The Contrast between Good and Bad Men* (El contraste entre hombres buenos y malos), Tomo 2, 87.

⁸ Spring, *Contrast*, 87.

CRISTO EN LA ETERNIDAD

Isaac Ambrose (1604-1664)

Reflexionemos en Cristo y en su relación con nosotros ante toda su creación... Fue en la eternidad que Dios el Padre llamó a su Hijo para cumplir la función de Mediador¹, de modo que a través de él pudieran ser escogidos todos aquellos que serían salvos. En cuanto a este llamado de Dios el Padre... dice el apóstol claramente: “Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón. Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote, sino el que le dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy.” (Heb. 5:4-5). El Padre lo llamó a llevar a cabo esta honrosa misión. Cristo no se promovió a sí mismo para realizar la misión, sino que le fue asignada por la voluntad de Dios el Padre de acuerdo con sus designios. “Por cuanto agradó al Padre...reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz.” (Col. 1:19-20). “Porque a éste señaló Dios el Padre” (Juan 6:27), y ¿para qué? Para asegurarnos la buena voluntad de Dios para salvarnos, como lo prueba el que llamara a su Hijo a hacerlo. Por lo tanto, aceptará todo lo que Cristo haga por nosotros porque él mismo lo ha ordenado.

Y sucedió que Dios el Hijo aceptó el llamado del Padre y se hizo cargo de la función de Mediador. “Entonces dije: He aquí que vengo” (Heb. 10:7). No cabe duda que fue desde la eternidad: “Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni me volví atrás” (Isa. 50:5)... Y “como el Padre me mandó, así hago” (Juan 14:31). En cuanto el Padre lo llamó, Cristo aceptó la función que su Padre le designó... Tiene que ser así, porque sea cual fuere la voluntad de Padre, es también la voluntad del Hijo. “Yo y el Padre uno somos”, dijo Cristo (Juan 10:30). ¿Cómo es que son uno? Pues porque tienen una misma voluntad, un mismo poder y una misma naturaleza.

1. Una misma voluntad: Esto es evidente en las palabras anteriores. Cristo dice de sus ovejas: “Mi Padre me las dio... y yo les doy vida

¹ **Mediador** – un intermediario; “Agradó a Dios, en su propósito eterno, escoger y ordenar al Señor Jesús, su Hijo unigénito, conforme al pacto hecho entre ambos, para que fuera el mediador entre Dios y el hombre; profeta, sacerdote y rey; cabeza y Salvador de la iglesia, el heredero de todas las cosas y Juez del mundo; a quien dio, desde toda la eternidad, un pueblo para que fuera su simiente y para que a su tiempo lo redimiera, llamara, justificara, santificara y glorificara”. (Confesión Bautista de Fe de Londres de 1689, 8.1)

eterna” (Juan 10:28-29). Ambos coinciden en salvar las ovejas de Cristo. El Padre tiene la voluntad de hacerlo y Cristo también. Vemos que lo mucho que el Padre lo desea, igual lo desea el Hijo. Él y su Padre uno son.

2. Un mismo poder: Es igualmente evidente en las palabras anteriormente citadas: Esas ovejas “no perecerán jamás”, dice Cristo, “ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre” (10:28-29). Primero, está el poder de Cristo y todo su poder obrando para la salvación de sus ovejas: si tiene poder y puede hacer cualquier cosa, ¡ni una de ellas perecerá! Él mismo explica que su poder procede del poder de su Padre, quien está tan involucrado como él en esta misión. Sus ovejas se encuentran seguras en *sus* manos al igual que en las manos de su *Padre*. Él y su Padre uno son.

3. Una misma naturaleza: Acerca de esto, creo que las palabras más comprensibles son: el Padre y el Hijo son de una misma naturaleza, de una esencia, de un ser, y esto no es meramente un tema en que ambos coinciden... sino uno en que nunca pueden dejar de coincidir... Entonces el Padre llama desde la eternidad al Hijo para que cumpla la función de Mediador: “¡Ven, Hijo mío, Hijo de mi gozo y gran placer, mi Hijo amado en quien tengo contentamiento! Tengo en mi corazón el anhelo de darme a conocer desde esta solitud eterna a algo más. Mis pensamientos, propósitos e intenciones en este orden: Primero, está mi propia gloria, luego la de Cristo, luego la de la iglesia, luego la del mundo... Inmediato a mi gloria y su manifestación, tendré a Cristo, y este Cristo será el modelo principal de la elección de gracia. A Cristo le sigue el cuerpo², y a este cuerpo predestinaré³ para ser conformado a la imagen de mi Hijo. He aquí te llamo a cumplir la función de Mediador: Tú eres mi Hijo; hoy (en este día de eternidad) te he engendrado; y hoy (en este día de eternidad) te llamo a tener este honor de ser un sumo sacerdote para siempre”.

Así como el Padre llama, el Hijo desde la eternidad acepta la función que el Padre le designa: “¿Es esa la voz de mi Padre eterno? ‘He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad (como en el rollo del libro está escrito de mí)’. Esta es mi decisión, sí, y lo será para siempre. Cuando me haya encarnado⁴, este será mi anhelo: hacer la voluntad del que me envió para completar su obra. Padre glorioso, tu voluntad es mi voluntad. No busco mi propia voluntad —como si tuviera una distinta a

² **cuerpo** – la iglesia de Cristo.

³ **predestinaré** – determinar de antemano según el propósito eterno de Dios.

⁴ Vea FGB 207, *Substitution* (Sustitución), a su disposición en CHAPEL LIBRARY.

la tuya— sino la voluntad de mi Padre. Ahora, pues, acepto este honor. Haga yo... lo que tú quieras” (Sal. 40:7; Heb. 10:7; Juan 4:34; 5:30)...

En cuanto a los pasajes específicos de estos pactos entre Dios y Cristo para salvar almas, mostraré: 1. El proyecto y 2. El consejo... Los encontraremos en nuestro primer período, en la eternidad antes de que existiera el tiempo hasta el momento de la creación.

1. **El proyecto...** Primero, Dios busca su propia gloria, luego la de Cristo, luego la de los escogidos, luego la del mundo... Aquí pues está el proyecto: *Dios glorificará su gracia*. Para este fin, predestinará a Cristo. Por medio de Cristo escogerá para salvación a algunos de los hijos de los hombres quienes, a pesar del pecado y por amor, los hará santos y sin culpa delante de él. Explicaré seguidamente este proyecto o plan o designio de Dios, a saber, su consejo.
2. **El consejo:** Del consejo de Dios con respecto al hombre antes de que todos los mundos existieran, leemos en varios pasajes que Cristo fue “entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios” (Hech. 2:23). “Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera” (Hech. 4:27-28). Dicen también las Escrituras que los que son de Cristo: “En él asimismo [tienen] herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad” (Ef. 1:11). Poco sabemos ahora de este consejo de la voluntad de Dios, pero será revelado cuando estemos en gloria...Mientras tanto, lo que sí sabemos es lo que ha revelado desde la eternidad con respecto a su consejo:
 - a. Que el hombre sería una criatura capaz de razonar. Porque toda criatura está sujeta obligadamente al Creador —él hizo todas las cosas para sí (Prov. 16:4), y cada una tiene que devolverle aquella gloria para la cual lo creó— el hombre tiene que servirle tal como tienen que hacerlo el resto de las criaturas. Solo que su servicio tiene que ser con el uso de la razón...
 - b. Que si el hombre se desvía de este servicio hecho con el uso de razón y quebranta la ley que Dios le establece, desagrada a Dios y se hace merecedor de la condenación y el castigo correspondiente...

- c. Que el pecado no permanecería sin castigo por estas razones: (1) Porque Dios lo aborrece infinitamente: “Muy limpio eres de ojos para ver el mal, no puedes ver el agravio”, dice de él el profeta (Hab. 1:13). Le dan náuseas y lo aborrece: “Todas estas son cosas que aborrezco, dice Jehová” (Zac. 8:17), “me son gravosas; cansado estoy de soportarlas” (Isa. 1:14). (2) Por su verdad: Dijo: “Porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” o sea, “muriendo, morirás” (Gén. 2:17), morir temporalmente, morir eternamente. Es seguro que Dios no abolirá su Ley: “Ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido” (Mat. 5:18)... Por estas razones, Dios ha decidido que el pecado no quedará sin castigo, no sea que su justicia sea ignorada, su aborrecimiento por el pecado sea menos evidente, su verdad sea cuestionada y su majestad sobrecogedora sea relegada por los hombres.
- d. Que a pesar del pecado, no todos los hombres serían destruidos por estas razones: (1) Por el placer infinito que a Dios le causa tener misericordia: “¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia” (Mic. 7:18)... (2) Por el placer infinito que a Dios le causa ser glorificado por medio del servicio y sujeción voluntaria de los suyos: “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto” (Juan 15:8)... Adán cayó, y toda la humanidad cayó con él, de modo que no quedó árbol en este paraíso que diera frutos para Dios. Lo cierto es que Dios prefiere tener sus árboles para dar fruto que para usar como leña. Por esto resolvió que la humanidad, a pesar de sus pecados, no debía ser destruida.

Por consiguiente, la Trinidad llama a consejo, y la pregunta es: “¿Qué haremos con este pobre hombre, depravado y pecador?”... Determinan que Jesús, uno de los integrantes de la bendita Trinidad, resolvería el problema debido a que por la ordenación de su Padre, su propia aceptación y la santificación del Espíritu Santo, es apto para la tarea. Con este fin, Jesús sería tanto garante como cabeza del pecador: un garante para pagar las deudas del hombre ante Dios, y cabeza para restaurar la imagen de Dios en el hombre. Es así que en él “la misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron” (Sal. 85:10).

¡Este es el gran misterio del evangelio! ¡Esto es lo que los ángeles anhelan contemplar (1 Ped. 1:12)! ¡Es más, esto también es lo que hará

que los ángeles y los santos admiren y bendigan a Dios por toda eternidad! Esto es lo que puso en movimiento la sabiduría infinita de Dios desde toda eternidad. Si todos los ángeles en el cielo y todos los hombres en la tierra hubieran sido presionados a contestar esta pregunta: “¿Cómo será perdonado el pecado, reconciliado el pecador y Dios glorificado en su justicia?” nunca hubieran podido hacerlo. ¡Esto le costó caro a Dios! Le costó la sangre del corazón de su propio Hijo, y esto es una señal segura de que Dios nos ama de todo corazón. ¡De hecho, no somos cristianos hasta que en alguna medida vemos y palpamos la gloria de Dios en este misterio! ¡Ah, la maravilla del cielo y de la tierra! El caso es este: el hombre ha caído en pecado, y desde la caída, el hombre y el pecado están unidos inseparablemente como el fuego y el calor. No obstante, Dios tiene misericordia del hombre y a la vez toma venganza del pecado. La sabiduría eterna de Dios ha encontrado una manera de transferir los pecados del hombre a otra Persona⁴, quien los puede cargar, e interesar al hombre a aceptar la justicia de Aquel que los puede cargar y cubrir... Todo esto se realiza en nuestro Jesús. En él se ejecutó la maldición de la Ley, por él se cumplió la justicia de la Ley, por él es remitido el pecado del hombre y por medio de él todas las cosas son hechas nuevas.

El mundo estaba en Cristo como su Garante, satisfaciendo la justicia de Dios; y Dios estaba en Cristo, como su embajador, volviendo a reconciliar al mundo con él... “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” (Rom. 11:33).

Tomado de *Looking unto Jesus* (Puestos los ojos en Jesús),
Sprinkle Publications, www.sprinklepublications.net.

Isaac Ambrose (1604-1664): Anglicano, luego pastor presbiteriano; conocido por su vida santa excepcional; nació en Ormskirk, Lancashire, Inglaterra.



Esta es la base de la vida Cristiana, uno de sus componentes fundamentales: Sin esta creencia, nadie puede ser cristiano. “En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios” (1 Juan 4:2), es nacido de Dios, le pertenece y está de parte de Dios y la verdad.

—John Gill

CRISTO ES EL VERBO HECHO CARNE

David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)

La historia de la iglesia muestra muy claramente —en realidad, aun antes de llegar a la historia de la iglesia, el Nuevo Testamento mismo nos muestra— que no hay cosa que le interese más al diablo que descarriar a las personas con respecto a la Persona y la obra de nuestro bendito Señor Jesucristo. Por eso es que no nos podemos arriesgar y no podemos conformarnos meramente con una declaración de la doctrina de la encarnación¹. Tenemos que desglosarla y analizarla: tenemos que mostrar lo que sí y lo que no dice, para que ninguno de nosotros caiga en el error sin darse cuenta.

Me propongo, pues, hacer las siguientes declaraciones. La primera es esta:

La doctrina de la Persona de nuestro Señor y la doctrina de la encarnación en particular nos demuestran una vez más la importancia primordial de la doctrina de la Trinidad... En un sentido, toda la posición cristiana depende de la doctrina de la bendita Trinidad. Si no creemos esto, no podemos ser cristianos; *es imposible*. El que no cree en la Trinidad no puede ser un cristiano porque no puede creer en la doctrina de la redención. Por lo tanto, al considerar la persona del Hijo, vemos lo importante que es tener siempre presente que Dios existe en tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

La segunda declaración es que la doctrina de la encarnación no dice que el trino y eterno Dios se encarnara, sino que la Segunda Persona del trino Dios se hizo carne². La Biblia lo dice así: “Aquel Verbo fue hecho

¹ **encarnación** – Del latín: *incarnatio* “tomar carne humana”; “El acto por el cual el Hijo eterno de Dios, la Segunda Persona de la Santa Trinidad, sin dejar de ser lo que es: Dios el Hijo, unió consigo mismo lo que antes de ese acto no poseía, una naturaleza humana, ‘y así era y permanece para siempre, Dios y hombre en dos naturalezas distintas y una sola persona’ (Catecismo Menor de Westminster, P. 21)”. (Walter Elwell, ed., *Evangelical Dictionary of Theology* [Diccionario evangélico de teología] 601.

² Esta es la doctrina conocida como *Unión hipostática*: “La doctrina de la unión hipostática, se presentó oficialmente por primera vez en la definición de fe producida por el Concilio de Calcedonia (año 451), y tiene que ver con la dos naturalezas de la deidad y la humanidad en la hipóstasis o persona de Jesucristo. Puede definirse de la siguiente manera: En la encarnación del Hijo de Dios, se unió inseparablemente y para siempre una naturaleza humana con naturaleza divina en la sola persona de Jesucristo, pero con las dos naturalezas permaneciendo distintas, completas y sin cambio, sin mezcla ni confusión, de modo que la sola persona Jesucristo es realmente Dios y realmente hombre”. (Elwell, 587)

² Esta es la doctrina conocida como *Unión hipostática*: “La doctrina de la unión hipostática, se presentó oficialmente por primera vez en la definición de fe producida por el Concilio de Calcedonia (año 451), y tiene que ver con la dos naturalezas de la deidad y la humanidad en

carne” (Juan 1:14). Esto es indudablemente algo que tenemos que enfatizar. Me temo que a menudo hablamos livianamente cuando hablamos de la encarnación, y muchos de nuestros himnos tienden a hacer lo mismo. A mí me parece que es mejor nunca decir que Dios se hizo hombre. Es una afirmación imprecisa que no conviene usar. Lo decimos con frecuencia, pero creyendo como creemos, en las Personas de la Trinidad. Lo que debemos decir es que la Segunda Persona de la Trinidad se hizo carne y apareció como hombre. Si decimos meramente: “Dios se hizo hombre”, podemos estar diciendo algo que está muy equivocado, y si la gente cree algo equivocado como resultado de nuestra afirmación, no podemos culparles. Tenemos que ser precisos, tenemos que ser específicos y siempre tenemos que tener cuidado con lo que decimos.

La tercera declaración es que la doctrina de la encarnación no dice que fue meramente una apariencia o una forma que asumió la Segunda Persona de la Trinidad, sino que fue realmente una verdadera encarnación. Sí, vino en la carne. Enfatizo esto porque en los primeros años de la iglesia cristiana, hubo quienes cayeron en errores y herejías en cuanto a esto. Los conocidos como gnósticos³ afirmaban que nuestro Señor meramente parecía ser de carne y hueso, que era un cuerpo fantasma, una aparición en forma de cuerpo humano. Pero esto no es lo que dice la doctrina de la encarnación. Dice que no era una aparición, era real; era una verdadera encarnación; el Verbo *fue hecho carne* y habitó entre nosotros.

La cuarta declaración es también negativa. La doctrina de la encarnación no dice que se trató meramente de la naturaleza divina que de algún modo se unió con la naturaleza humana, formando así otra persona. No fue eso. Fue la Segunda Persona misma, la Persona, que se hizo carne. Muchos en la iglesia primitiva, y muchos a través de los siglos, no han comprendido eso. Su creencia acerca de Jesucristo es la de la naturaleza divina y la naturaleza humana uniéndose y dando forma a una nueva persona. Eso no es así. Fue la segunda y eterna Persona de la Trinidad quien tomó sobre sí una naturaleza humana. ¿Podemos comprender la importancia de esto?... La doctrina de la encarnación no enseña la creación de una persona nueva. Enseña que se hizo carne y apareció en este mundo con el aspecto de un hombre: no como una

la hipóstasis o persona de Jesucristo. Puede definirse de la siguiente manera: En la encarnación del Hijo de Dios, se unió inseparablemente y para siempre una naturaleza humana con naturaleza divina en la sola persona de Jesucristo, pero con las dos naturalezas permaneciendo distintas, completas y sin cambio, sin mezcla ni confusión, de modo que la sola persona Jesucristo es realmente Dios y realmente hombre”. (Elwell, 587)

nueva persona, sino siendo esta Persona eterna.

Por lo tanto, el próximo punto es que la doctrina de la encarnación no enseña, ni incluye la idea, de que sucedió un cambio en la personalidad del Hijo de Dios. Hubo un cambio en la forma como apareció, hubo un cambio en el estado en que se manifestó, pero no hubo ningún cambio en su personalidad. Es siempre la misma persona. En el vientre de la Virgen María y acostado en el pesebre como un bebé indefenso, seguía siendo la Segunda Persona de la Trinidad.

La próxima definición la digo así: nunca debemos hablar de la doctrina de la encarnación dando la impresión de que estamos diciendo que el Hijo de Dios fue *cambiado* a hombre. Por eso es que la frase de que Dios fue hecho hombre es engañosa. Hemos visto que Juan 1:14 dice: “Aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros”, y justamente la expresión “fue hecho” ha causado que algunos piensen que el Hijo de Dios fue *cambiado* a hombre... Al decir “Aquel Verbo fue hecho carne” lo que realmente queremos significar es que *llegó a ser* carne o que *tomó la forma de* carne. La idea de “hacer” da la impresión de “cambiar a”, lo cual es equivocado.

En otras palabras, la manera como la Biblia generalmente lo dice es así: Romanos 8:3 nos dice que vino “en semejanza de carne de pecado”. Eso suena mejor. O digamos como lo dice 1 Juan 4:2: “En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios”. Jesucristo no fue cambiado a hombre. Esta Persona eterna es la que ha venido en la carne. Esa es la manera correcta de decirlo.

El próximo principio es que nuestro Señor no meramente tomó la *apariencia* de una naturaleza humana: fue verdaderamente de naturaleza humana. Paso a explicar esto. En el Antiguo Testamento tenemos relatos de ángeles que se aparecieron a varios, y nos dice que aparecieron en forma humana. Cuando decimos que los ángeles aparecieron en esa forma, no estamos hablando de una encarnación, sino de una *apariencia*. Los ángeles no cambiaron su naturaleza, ni le agregaron nada; sencillamente asumieron esa forma. De hecho...nuestro mismo Señor apareció en esa forma como Ángel del Pacto. El Ángel del Pacto en el Antiguo Testamento es sin duda alguna el Señor Jesucristo mismo, y se apareció más de una vez a varias personas en la forma de hombre. Eso es lo que llamamos una *teofanía*. Teofanía es totalmente distinta a encarnación. Teofanía significa que una persona angelical o una divina se aparece en esta forma para un momento dado; en cambio la doctrina de la encarnación asegura que el Señor Jesucristo ha tomado la naturaleza humana misma, no su *apariencia*, sino su verdadera

naturaleza.

Muchos pasajes bíblicos lo afirman. Permítanme compartir dos. Hebreos 2:14: “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo”. Realmente adoptó la naturaleza humana. “Porque ciertamente él no tomó para sí los ángeles”, dice el versículo 16 del mismo capítulo, “sino a la descendencia de Abraham. Eso es lo que tomó. Consideremos también 2 Juan 7 donde dice: “Muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne”. No cabe ninguna duda de que Juan escribió sus tres epístolas para contrarrestar la herejía peligrosa que había surgido, la cual negaba que Jesús hubiera realmente venido en la carne, y aseguraba que era una simple aparición. Algunos decían que el Mesías había entrado en este hombre Jesús cuando fue bautizado y que salió de él en la cruz, mientras que otros decían que no se trataba más que de un fantasma. El Nuevo Testamento —especialmente Juan en sus epístolas— no solo niega eso sino que lo denuncia como un error muy peligroso, como mentira del anticristo; por lo tanto, tenemos que estar seguros de ser claros en estas cosas. Eso me lleva a la próxima declaración.

La doctrina de la encarnación afirma que nuestro Señor tenía una naturaleza humana completa. No era solo parcial: era total. No solo adoptó un cuerpo. Han existido quienes han enseñado esto a través de los siglos: dicen que el cuerpo era lo único humano del Hijo de Dios. Esto es un error. Otros dicen que tomó un cuerpo y una especie de alma animal, pero que la parte espiritual del alma era proporcionada por la Persona eterna. Esto también es un error. La doctrina de la encarnación enseña que adoptó una naturaleza humana *completa*, cuerpo y alma, incluyendo el espíritu, que era realmente un humano. Volveré a enfatizar esto, pero era necesario destacarlo también aquí.

El último punto bajo este encabezamiento general es que tomó esta naturaleza humana de la Virgen María. Esto significa que no debemos decir que una nueva naturaleza humana fue creada para él. Algunos han enseñado que Dios creó una naturaleza humana nueva para su Hijo, y que esta naturaleza humana simplemente pasó a través de la Virgen María. Eso es un error. La doctrina afirma que derivó su naturaleza humana *de* su madre, la Virgen María. No era una nueva creación. No se trajo su naturaleza humana con él. La recibió de ella. Por lo tanto, como las Escrituras lo enfatizan a menudo, fue verdaderamente de la simiente de Abraham y de la simiente de David. Así lo dice Mateo 1:1: “Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham”. Ahora bien, si se hubiera creado una naturaleza humana especial para él, no

hubiera sido el hijo de David ni el hijo de Abraham. Pero era ambos porque su naturaleza humana vino de su madre, la Virgen María. Vuelvo a enfatizar que lo que tenía no era una naturaleza humana meramente como la nuestra pero sin ser realmente parte de la nuestra, que orgánicamente no tenía ninguna relación con nosotros. De hecho recibió nuestra naturaleza. Vuelva atrás y lea nuevamente Hebreos 2:14-18. Por lo tanto, realmente pertenece a la raza humana: es uno con nosotros.

No debo detenerme aquí, aunque estoy tentado a hacerlo. Me preocupa el tema porque en última instancia, la doctrina de nuestra redención depende de ello. Si Jesús no hubiera tomado nuestra naturaleza humana, no hubiera podido salvarnos. Como Hebreos 2 tan claramente argumenta, porque participamos de esta carne y sangre, él tenía que participar de lo mismo. Era la única manera como podía salvarnos. Entonces no podemos darnos el lujo de arriesgarnos en cuanto a esa doctrina. No podemos darnos el lujo de decir: “No importa cómo dice justamente tu declaración”. Eso es absolutamente contrario a las Escrituras. Tenemos que ser precisos y claros y seguros y definitivos en todas nuestras afirmaciones; de otro modo, sin saberlo, podríamos hacer que la doctrina de nuestra propia redención sea una imposibilidad.

Habiendo, pues, establecido eso volvemos ahora al misterio de la encarnación, e inmediatamente surge la pregunta: ¿Cómo fue que sucedió todo eso? ¿Cómo fue que esta cosa extraordinaria se hizo realidad? Y eso, por supuesto, nos lleva seguidamente a la doctrina del nacimiento virginal... ¿Qué es esto? El Credo de los Apóstoles, el primer credo de todos, la primera gran confesión de fe, lo dice así: “Fue concebido por el Espíritu Santo, nació de la Virgen María”. También aquí tenemos uno de los grandes temas lleno de misterio: es una doctrina que ha sido debatida y discutida y mal entendida y a menudo negada; a muchos les resulta difícil... Tienen problemas con la doctrina de la encarnación porque consideran su lastimosa mentalidad como la prueba definitiva de toda verdad; y porque no pueden entender algo, no lo creen.

Pero tenemos que coincidir que en todos estos temas estamos fuera de la esfera de la razón y comprensión natural del ser humano... Nada sabemos aparte de la revelación. Yo no presento teorías y filosofías; comienzo con esta premisa: que lo que estoy anunciando es lo que Dios ha hecho, lo que Dios ha revelado. Nada es distinto de lo que encuentro en la Biblia. Me atengo totalmente a ella; dependo completamente de ella. Por lo tanto, lo que hago es acercarme a ella como un niño. “El mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría” (1 Cor. 1:21); entonces si eso era cierto y lo sigue siendo, tengo que depender de este libro, tengo que aceptar su autoridad, tengo que recibir sus afirmaciones aunque mi

mente limitada no siempre las entienda. Esa es la mentalidad y la actitud apropiada para tener al comenzar a considerar esta doctrina extraordinaria, maravillosa y gloriosa del nacimiento virginal.

¿Qué, pues, enseña la Biblia? ¿Qué nos dice? Dos porciones bíblicas son la base de la doctrina del nacimiento virginal. Siempre me ha parecido que tenemos que empezar con las palabras en Lucas 1:26-28 porque relata el anuncio a María del gran acontecimiento a punto de suceder. Notemos los detalles en relación con este anuncio, notemos los hechos y cómo fue que se presentó el ángel a María... Notemos también lo que nos dice acerca de la sorpresa de María, que por supuesto fue muy lógica. Su sorpresa demuestra que comprendió el significado de lo que el ángel le dijo. Aquí está esta joven soltera, una virgen, a quien le fue hecho el anuncio; y ella inmediatamente ve el problema y no vacila en expresarlo. ¿Cómo podría ser madre de un hijo si nunca había estado con un hombre? El ángel le dio la explicación. Le anunció que el Espíritu Santo mismo lo haría. Le dijo que el Altísimo “vendría sobre” ella. “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Luc. 1:35). Como dice el Credo de los Apóstoles ya mencionado, fue “Concebido por el Espíritu Santo, nació de la Virgen María”.

También el relato en el primer capítulo de Mateo, en los versículos 18 al 25, es igualmente importante e igualmente interesante porque cuenta lo que le sucedió a José. José descubrió que esta virgen con quien estaba comprometida estaba encinta. Se sentía confundido y triste. Era un hombre bueno, un hombre justo y cariñoso. Decidió no avergonzar públicamente a María, pero igual tendría que romper el compromiso. No hacerlo era quebrantar la Ley. Estaba reflexionando en esto y cómo hacerlo, cuando se le apareció un ángel en un sueño. Lo que hizo el ángel, por supuesto, fue explicarle a José lo que estaba pasando: “José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es” (Mat. 1:20). A él le fue dada exactamente la misma explicación que a María. Me temo que cuando leemos la historia a menudo no prestamos atención a la fe extraordinaria de José. Creyó el mensaje del ángel, lo aceptó sin reparos, sin vacilación, y procedió a hacer lo que el ángel le había mandado.

Esto es lo que la Biblia registra, y nos enseña que el nacimiento humano del Señor Jesucristo fue totalmente obra de Dios. La doctrina del nacimiento virginal tiene que ser siempre y en primer lugar considerado en un modo negativo, y lo que dice negativamente es que no tenía un padre terrenal. No nació por voluntad de varón ni de la energía

de la carne. Lo diré de una manera más contundente todavía. El ser humano varón no tuvo nada que ver con su concepción.

Ahora bien, esto es algo muy sorprendente porque... la gloria de Dios, por así decir, está en el hombre, y la mujer bajo el hombre. Pero aquí el hombre es puesto a un lado; no tuvo nada que ver con esto. Es de notar que la palabra misma, la promesa dada por Dios al hombre y la mujer en el Jardín del Edén fue: “Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (Gén. 3:15). Y así fue. El hombre no tuvo nada que ver con esto, el hombre que Dios había nombrado señor de la creación y a quien dio poder sobre la mujer, y a quien la mujer está sujeta por la voluntad y orden de Dios, como resultado de la creación y especialmente como resultado de la caída. A pesar de todo eso, cuando se trató de la encarnación, el varón fue puesto a un lado y Dios usó únicamente a la mujer.

No cabe duda que la trascendencia y la importancia de esto es evidente a todos: es para enfatizar nuevamente la inhabilidad total del hombre. El hombre, en la persona de José, es visto en todo su fracaso e incapacidad. Dios tomó la naturaleza humana en su expresión más débil, a fin de usar esta naturaleza humana para su propio Hijo. Encontré una frase muy hermosa que creo ayudará a recordar esto: “Así como la naturaleza divina del Señor no tuvo madre, su naturaleza humana no tuvo padre”. Creo que esto lo expresa muy bien. Fue enteramente la obra de Dios. Tomó sobre sí la naturaleza humana de María, pero lo hizo por medio del Espíritu Santo a quien usó como su instrumento.

“¿Qué pasó?” podría preguntar alguien. No tengo respuesta, nadie la tiene. Ese es el gran misterio. Lo que sí sabemos es que el poder del Espíritu Santo vino sobre María y de María, de una célula en su cuerpo se hizo la naturaleza humana de nuestro Señor. No podemos agregar nada. Es un gran misterio. Pero sí tenemos que decir lo que sabemos hasta aquí. Fue la operación del Espíritu Santo y evidentemente fue hecho de una manera que esta naturaleza humana que tomó el Espíritu Santo era sin pecado. Notemos que el ángel le habló a María de “el Santo Ser que nacerá” (Luc. 1:35). Esto no significa que María misma fuera hecha sin pecado y santa. Ni siquiera implica que lo fuera ninguna parte de María. Lo único que sabemos es que algo fue tomado, fue limpiado y librado de toda contaminación de modo que la naturaleza humana del Señor era sin pecado y estaba totalmente libre de todos los efectos y resultados de la caída. Tal fue el efecto de la operación del Espíritu Santo en ella.

¿Qué, entonces, acerca de esta doctrina? ¿Qué podemos decir de ella

en general, especialmente teniendo presente a los que les resulta problemática? Quiero sugerir una vez más que es una doctrina muy inevitable si realmente creemos en la doctrina de la encarnación. Si realmente creemos que el niño en el pesebre en Belén fue la Segunda Persona de la Trinidad —y es la pura verdad— entonces no veo que haya ningún problema con esta doctrina del nacimiento virginal. De hecho, tendría mucho más problema si no tuviera la doctrina del nacimiento virginal para creer. El hecho de la encarnación es tan inusual, tan excepcional, tan milagroso y misterioso que esperaríamos que todo lo relacionado con él fuera igual, como realmente lo fue. Dicho de otra manera: el nacimiento virginal fue la señal del misterio de la encarnación. Fue una especie de símbolo de aquel misterio. Allí estaba en una forma tangible, este nacimiento virginal.

Todo lo relacionado con nuestro Señor es misterioso. Su venida al mundo fue misteriosa. Su partida fue misteriosa. No vino el mundo como cualquier otro; no partió como cualquier otro. La resurrección fue tan única como el nacimiento virginal. Jamás le había ocurrido a nadie. Él fue “el primogénito de los muertos” (Apoc. 1:5); “el primogénito entre muchos hermanos” (Rom. 8:29). La resurrección fue igualmente sorprendente. Así que le diría a cualquiera que tiene problemas con el nacimiento virginal: ¿Tiene el mismo problema con la resurrección? Si comenzamos con la doctrina de la encarnación sabiendo lo que estamos diciendo, si tenemos conciencia de que realmente estamos hablando de la Segunda Persona de la Trinidad, entonces ¿no es de esperar que su nacimiento fuera totalmente inusual y excepcional? Y así fue. Fue excepcional de principio a fin.

Trataré de ayudarles diciéndolo así: Si uno no cree en la doctrina del nacimiento virginal, ¿cómo puede explicar que no tenía pecado? O digámoslo así: Si hubiera nacido de la manera usual, de una padre y una madre, entonces hubiera sido como cualquier otra persona, hubiera sido de la descendencia directa de Adán, y se aplicaría a él decir: “como en Adán todos mueren” (1 Cor. 15:22). Hubiera muerto en Adán, y hubiera sido culpable del pecado original y de la culpabilidad original.

Pero la doctrina de la encarnación nos dice inmediatamente que eso no es lo que sucedió. Repito que aquí no fue creada una persona nueva. Esta persona era la Persona eterna, la Segunda Persona de la Trinidad. Cuando marido y mujer se juntan y nace un hijo, este es una persona nueva, una personalidad nueva. Eso no fue lo que sucedió en la encarnación. Con un padre y una madre humanos, tendríamos un humano descendiente directo de Adán, y por lo tanto, pecador y caído. La única manera de prevenir eso sería decir que un tipo similar de

operación realizada por el Espíritu Santo en María tendría que haberse realizado en José.

De hecho, eso no nos ayuda. Si ya estamos teniendo problemas en creer esta operación milagrosa en María, es que la estamos dudando; y esto nos resultaría más imposible todavía de creer. No, si realmente nos aferramos a la doctrina de la encarnación misma, que esta Persona bendita adoptó la naturaleza humana que tenía que ser sin pecado porque no podía unirse a nada que fuera pecaminosa, entonces existe una sola alternativa, y esta es que tenía que nacer, no de la manera común, sino de esta manera especial.

Es de notar que la doctrina entera está llena de obstáculos y dificultades porque cuando lo digo de esa manera, estoy seguro que muchos pensarán: “¡Ah, comprendo! Dios creó para él una naturaleza humana especial, ¿no es cierto?” ¡No, claro que no! Ya he denunciado esto como herejía. Jesús obtuvo su naturaleza humana de María, pero fue obrada por el Espíritu Santo de manera que fue totalmente libre del pecado y de toda contaminación.

Así es como estamos ante él. Estamos ante este misterio divino, ¡Dios en la carne! El hecho más extraño, más maravilloso que jamás haya sucedido: sí, no dudo en decirlo, el acto supremo de Dios. Es tan supremo que esperaríamos que fuera inusual en todo sentido, y encuentro que las Escrituras dicen que lo fue. Fue concebido por el Espíritu Santo, nació de una virgen llamada María. El varón fue totalmente excluido, no intervino para nada. Allí está José para recordarnos ese hecho. Fue enteramente obra de Dios. Y comprendamos y recordemos que todo sucedió para que pudiéramos ser salvos, para que nuestros pecados pudieran ser perdonados. El Hijo de Dios se hizo hombre a fin de que los hijos de los hombres pudieran llegar a ser hijos de Dios.

Tomado de *Great Doctrines of the Bible, Volume I: God the Father, God the Son* (Grandes doctrinas de la Biblia, Tomo I: Dios el Padre, Dios el Hijo), 1996, 255-265.

Usado con permiso de Crossway, un ministerio de publicaciones de Good News Publishers, Wheaton, IL, 60187, www.crossway.org.

David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981): Reconocido predicador expositivo y pastor de Westminster Chapel, Londres, 1938-68; nacido en Gales, Reino Unido.



CRISTO ES DIOS

William S. Plumer (1802-1880)

El propósito de este capítulo es declarar y comprobar la doctrina de la divinidad¹ suprema, verdadera y auténtica del Señor Jesucristo. Su divinidad es verdadera, no ficticia; es auténtica, no figurada; es suprema, no meramente superangelical². Nadie es divino en un sentido más elevado que lo es el Salvador de los hombres perdidos. Las pruebas de esta verdad son variadas, multiformes y abundantes.

I. LAS ESCRITURAS ADJUDICAN A JESUCRISTO LOS NOMBRES DE DIOS. Un apóstol dice de él: “Este es el verdadero Dios, y la vida eterna” (1 Juan 5:20). Hablando de los israelitas, otro apóstol dice: “Según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” (Rom. 9:5). En ambos Testamentos, es llamado Emmanuel, lo cual significa “Dios con nosotros” (Isa. 7:14; Mat. 1:23). Refiriéndose a , Pablo dice: “Dios fue manifestado en carne” (1 Ti. 3:16). El profeta evangélico lo llama: “Dios Fuerte, Padre Eterno” (Isa. 9:6). Pedro dice de él: “Es Señor de todos” (Hech. 10:36). Pablo afirma que: “Es Señor de gloria” (1 Cor. 2:8). Isaías al igual que Joel le dan el imponente e indecible nombre de *Jehová* (Isa 6:5-10 cf. Juan 12:39-41; Joel 2:32 cf. Hech. 2:21; Rom. 10:13). La Biblia denomina a nuestro Salvador como Dios, el Dios verdadero, Dios bendito por los siglos, Señor de todos, Señor de gloria, Dios con nosotros, Jehová, Dios de los

¹ **NOTA DEL EDITOR:** Los escritores teológicos a menudo usan *deidad* y *divinidad* como sinónimos. No obstante, muchos escritores antitrinitarios usan *divinidad para indicar que Cristo es como Dios*, pero que en esencia *no* es Dios. Deidad parece ser el vocablo más fuerte, pero ambos son correctos.

W.G.T. Shedd: “Al decir ‘deidad’ se quiere significar más que ‘divinidad’, dado que esto último es utilizado por distintas clases de antitrinitarios. Los arrios [seguidores de Arrio de Alejandría (años 250/56-336) quien enseñaba que Jesús no era Dios]... enseñaban la divinidad del Hijo en el sentido de *una naturaleza similar* entre él y el Padre. Este parecido es mayor y más semejante que el de cualquier otro ser, sea hombre o ángel, pero no es *identidad de la esencia*... Es *como* ella, pero *no* es ella. El Hijo tiene divinidad pero no deidad”. (Shedd, *Dogmatic Theology* [Teología dogmática] 3ra ed., 258; *énfasis agregado*)

B.B. Warfield: “‘Deidad’ fue introducido por los Padres Cristianos con el propósito expreso de brindar una palabra más fuerte con la cual la singularidad del Dios de los cristianos debiera ser enfatizada... Por lo tanto, existe una tendencia a insistir en la ‘deidad’ de Cristo, en lugar de su mera ‘divinidad’, sintiendo que ‘divinidad’ puede prestarse a la noción que Cristo posea apenas un grado secundario o reducido de cualidad divina”. (Orr, ed., *The International Standard Bible Encyclopedia* [La enciclopedia bíblica estándar internacional]: Ed. 1915, tomo 2, 1268-70)

² **superangelical** –superior a los ángeles en poder, rango, naturaleza, etc.

ejércitos. Este lenguaje es usado por profetas y apóstoles en épocas muy diferentes y en ocasiones muy diversas: unos antes de su nacimiento, otros en ocasión de su nacimiento y aún otros después de su ascensión. Es así que la Palabra de Dios nos enseña que es divino.

Señor Jesús, tú que eres Dios sobre todos, tú, Jehová de los ejércitos, sé tú nuestro Amigo. Bendícenos y ayúdanos a cada uno. Sé la fuerza de nuestra salvación.

II. TAMBIÉN SE LE ADJUDICAN ATRIBUTOS DIVINOS. Eternidad³ es uno de sus atributos perfectos: “En el principio era el Verbo” (Juan 1:1). Juan el Bautista nació seis meses antes que nuestro Señor, a pesar de lo cual, él dice de Jesús: “Es antes de mí” (Juan 1:15)... Cuando estaba sobre la tierra, confirmó su propia eternidad y propia existencia: “Antes que Abraham fuese, yo soy” (Juan 8:58). Más de sesenta años después de su ascensión⁴ desde el monte del Olivar y apenas nueve versículos antes del final del Nuevo Testamento, Jesús dice de sí mismo: “Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último” (Apoc. 22:13). Este que es él mismo el Alfa, el primero, el principio, debe ser auto existente, independiente y eterno. De seguro que el que puede decir esto acerca de sí mismo es divino.

Oh tú, Hijo eterno de Dios, tú, Padre de la eternidad, recuerda que nosotros somos de ayer y que seremos quebrantados por la polilla. Haz que, en la plenitud de tu gracia, veamos tu gloria que compartes con tu Padre desde antes de la fundación del mundo.

Omnipresencia⁵ es otro atributo de Dios que Cristo afirma tener: “Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mat. 18:20). Cristo no podría estar en medio de todos los pequeños grupos de adoradores en todas partes del mundo a menos que fuera omnipresente. Afirma el mismo atributo perfecto cuando les dice a sus discípulos: “He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mat. 28:20). Si esta promesa tiene algún sentido natural y obvio es, sin ninguna duda, uno que implica la omnipresencia y, por lo tanto, la divinidad de Jesucristo.

³ **eternidad** – “Dios no tiene comienzo, final ni sucesión de momentos en su propio ser, y ve a todo el tiempo igual de vívido, no obstante, Dios ve eventos en el tiempo y actúa en el tiempo (Grudem, *Systematic Theology* [Teología sistemática], 168)

⁴ **ascensión** – la ascensión de Jesucristo al cielo cuarenta días después de su resurrección (Mar. 16:19; Luc. 24:51; Hech. 1:9).

⁵ **omnipresencia** – *omni-* significa “todo”, junto con “presencia” significa en todas partes al mismo tiempo; “La presencia de Dios en cada punto del espacio con todo su ser”. (Cairns, *Dictionary of Theological Terms* [Diccionario de términos teológicos], 3ra ed., 313)

Salvador bendito, que estás presente en todas partes, preside todas nuestras reuniones solemnes, sean grandes o pequeñas. Camina en medio de los candelabros de oro. Sé para nosotros un pequeño santuario.

Omnisciencia⁶ es otro atributo de Dios que Cristo tiene. Pedro dijo: “Señor, tú lo sabes todo” (Juan 21:17). Por su omnisciencia, Jesús declaró que Judas era un demonio, aun antes que lo sospechara ninguno de sus amigos cercanos. Por su omnisciencia, convenció a Natanael de que era el Mesías y que era divino. Hay dos cosas totalmente inescrutables excepto para el omnisciente. Una es el corazón humano. Es así que leemos claramente que aun en su humillación, “Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre” (Juan 2:24-25). Y cuando el Hijo del hombre ya había estado en la gloria, dijo: “Todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón” (Apoc. 2:23). La otra cosa inescrutable, excepto para Dios, es la naturaleza divina. Jesús declara que él conoce ese misterio [sobrecogedor]: “Así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre” (Juan 10:15). Sin lugar a dudas, el que así conoce al Dios inescrutable es precisamente Dios mismo.

Señor Jesús, examínanos y conoce nuestros corazones, y ve si hay en nosotros camino de perversidad. Guíanos en el camino eterno y revélanos el misterio glorioso de Dios.

Inmutabilidad⁷ es otra perfección que es solo de Dios, quien inspiró a hombres para que se la atribuyeran a Jesucristo. Habiendo demostrado que esta tierra y que los cielos, con todo lo que es grandioso y sólido en ellos, pasarán; las Escrituras dicen de Cristo: “Pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán” (Sal. 102:25-27; Heb. 1:10-12). El inspirado autor de la Epístola a los Hebreos declara en términos explícitos que “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Heb. 13:8). No podemos atribuir inalterabilidad a nadie más que a Dios sin caer en blasfemia. Entonces, cuando Pablo dice que Jesús es eternamente el mismo, ¿no está diciendo que es divino?

Bendito Salvador, nos regocijamos que tú eres hoy el mismo que lloró ante el sepulcro de Lázaro, como lo eras cuando diste salvación al ladrón moribundo, como cuando, ascendiendo a la gloria, bendijiste a tus seguidores. Nos regocijamos de que tu estado ha cambiado y que tu naturaleza es inmutable. Ten compasión de nosotros y bendícenos. Sé nuestro seguro fundamento, una fortaleza de rocas.

⁶ **omnisciencia** – que todo lo sabe; “Dios se conoce a sí mismo y a todas las cosas reales y posibles en un solo acto simple y eterno”. (Gruden, 190).

⁷ **inmutabilidad** – “El atributo de Dios por el cual no puede cambiar ni ser cambiado en su esencia o perfecciones”. (Cairns, 224).

Sin duda alguna, omnipotencia⁸ es otro atributo que es solo de Dios. No vale la pena discutir con nadie que persiste en afirmar que algún hombre o ángel es todopoderoso. Pero la Palabra de Dios nos enseña en muchas ocasiones que Jesucristo es omnipotente. De seguro que es todopoderoso aquel que en su propio nombre levanta a los muertos y sujeta al universo bajo su poder. “Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Fil. 3:20-21). De seguro, tal energía es omnipotente. En Apocalipsis 1:8, Cristo se revela así: “Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso”. No es que Jesús adquiriera su omnipotencia por su ascensión a la gloria. De hecho, la omnipotencia no puede ser adquirida; si así fuera una criatura podría llegar a ser Dios. Pero aun en su humillación, Jesús dijo: “Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso... Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida” (Juan 5:19, 21). Jesús no hubiera podido hacer nada de estas cosas si su poder hubiera sido limitado. Pero un poder ilimitado es un poder omnipotente, es un poder divino, y por tanto, Cristo es divino.

Oh tú que eres, que fuiste y que has de venir, el Todopoderoso, cobíjanos en la palma de tu mano. Si nuestro aferrarnos a ti es débil, sujétanos con la fuerza de tu omnipotencia. Marcha hacia delante conquistando y para conquistar hasta que la tierra se sujete completamente a ti, Señor de todas las cosas.

III. AQUELLAS COSAS QUE SOLO PUEDEN SER REALIZADAS POR DIOS, SON REALIZADAS TAMBIEN POR JESUCRISTO, Y POR LO TANTO, ÉL ES DIOS. Así fue la obra de creación: “Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Juan 1:3). “Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él” (Col. 1:16). Si la creación demuestra que el Padre es realmente Dios, también por la creación establecemos la divinidad del Hijo.

Glorioso Redentor, todos fuimos hechos por ti y para ti somos. Reconocemos tu derecho perfecto y soberano a nosotros y sobre nosotros. Todo lo que tenemos

⁸ **omnipotencia** – de todo poder; “El poder absoluto de Dios, su habilidad ilimitada de actuar según su perfecta voluntad”. (Cairns, 313)

y todo lo que somos en alma o cuerpo te pertenece. Nada puede disolver los lazos que nos unen eternamente a ti.

Jesucristo también sostiene, preserva y gobierna los mundos que creó. Isaías dice que tendrá “el principado sobre su hombro” (Isa. 9:6). Pablo dice: “Mas del Hijo dice [el Padre]: Tu trono, oh Dios, [es] por el siglo del siglo” (Heb. 1:8) y dice también que “sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (Heb. 1:3). En otra epístola dice: “Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten” (Col. 1:17). De hecho, su cuidado y dirección son necesarias, pues dice Pablo: “Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies” (1 Cor. 15:25). Vemos pues, que toda criatura, desde el insecto más pequeño visto por medio de un microscopio hasta el arcángel que adora y sirve delante del trono eterno, todos los eventos desde la caída de un cabello hasta la destrucción de las naciones por hambrunas, pestilencias y guerras; y todo gobierno y autoridad, desde el oficial de menor grado hasta los tronos y principados en el cielo; el universo material, desde la partícula más ínfima que flota en el aire hasta los sistemas más inmensos de los mundos que se desplazan en el universo: todos dependen de su poderosa providencia. Si uno de esos eslabones en la cadena que de él depende se rompiera, todos se derrumbarían en un abrir y cerrar de ojos. Él siempre ha gobernado a este mundo, y lo seguirá haciendo hasta que su último enemigo haya sido conquistado y el último de los suyos sea victorioso.

Señor Jesús, que sostienes todas las cosas con el poder de tu palabra, sostenenos, guíanos, llévanos a salvo dándonos la victoria sobre la muerte, el infierno y todos los poderes de las tinieblas.

Lo repito, la redención es más gloriosa que la creación o la providencia, y Jesucristo es el único autor de la redención. Nunca he sabido de nadie que creyera en la redención de Dios que no se la adjudicara al Hijo. Solo él es capaz de esta gran obra. “El hombre puede sufrir, pero no puede satisfacer; Dios puede satisfacer, pero no puede sufrir; en cambio Cristo, siendo Dios y hombre, puede sufrir y también satisfacer, y es tan perfectamente apto tanto para sufrir por el hombre como lo es para obedecer a Dios. Y entonces por Cristo, quien tomó mi naturaleza en su persona, y satisfizo la justicia por mis pecados, soy recibido a la gracia habiendo obtenido el favor del Dios altísimo.”⁹

Las Escrituras dicen claramente dos cosas. Una es que Cristo nos ha redimido de la maldición de la Ley, que la salvación es por su sangre y justicia. La otra es que por esta redención Cristo se merece el amor más

⁹ William Beveridge (1637-1708), *The Theological Works of William Beveridge* [Las obras teológicas de William Beveridge], Tomo 8, 171

cálido y los honores más elevados, y que de hecho recibe ambos de parte de todos los redimidos. El autor de nuestra salvación eterna no puede ser inferior al autor de nuestra existencia terrenal, y tiene que ser honrado y adorado porque es divino.

Señor Jesús, quien fuiste a la muerte en el pasado, el justo por los injustos, haznos objeto de tu amor, lava nuestros pecados con tu sangre preciosa, y haznos reyes y sacerdotes de Dios.

Además, cuando Cristo estuvo en la tierra, confirmó y usó el poder para perdonar las iniquidades del hombre. “Hombre, tus pecados te son perdonados” (Luc. 5:20) fueron sus breves y solemnes palabras de autoridad sobrehumana. Él mismo nos dice que habló así para que “sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados” (Mat. 9:6). De hecho Cristo es exaltado como Príncipe y Salvador con el propio fin de dar arrepentimiento y remisión de pecados a Israel. Ciertamente es Dios.

Señor Jesús, extiende tu manto ensangrentado sobre nuestras almas, danos arrepentimiento y remisión de pecados, y seremos salvos.

Y eso no es todo: Jesucristo resucitará a los muertos. En Deuteronomio 32:39, Dios dice: “Yo hago morir, y yo hago vivir”. En Apocalipsis 1:18, el Señor Jesús dice: “Tengo las llaves de la muerte y del Hades”. Levantar a los muertos es un acto de omnipotencia, por lo que ninguna criatura puede hacerlo. No obstante, Pablo dice: “En Cristo todos serán vivificados” (1 Cor. 15:22). Estando en la tierra, más de una vez Jesús dio vida a los muertos. Cuando hablaba era obedecido como Dios: “¡Lázaro, ven fuera!” (Juan 11:43). Dijo: “Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero” (Juan 6:40). Hay más: resucitó a su propio cuerpo de entre los muertos: “Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar [la vida]... Destruid este templo, y en tres días lo levantaré” (Juan 10:18; 2:19). Realmente este es el Hijo del Altísimo y ciertamente es igual a Dios.

Querido Redentor, contentos te seguimos a la tumba con la esperanza de una resurrección gloriosa. No queremos vivir aquí para siempre. En el Día Final, levántanos y transforma nuestro cuerpo corrupto en uno glorioso como el tuyo. Concédenos el ser parte de la primera resurrección.

Jesucristo juzgará a los vivos al igual que a los muertos cuando venga. Dice expresamente que el Padre ha dado al Hijo “autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre” (Juan 5:27). En el mismo capítulo, dice: “Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo” (Juan 5:22). El gran tribunal ante el cual tenemos que

comparecer es “el tribunal de Cristo” (Rom. 14:10). En Apocalipsis 1:7, Juan dice: “He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él”. Si se requieren perfecciones divinas para algo, es para decidir los destinos de los hombres y los ángeles, por lo que Dios quien nunca se equivoca, ha puesto este juicio en las manos de Cristo. Por lo tanto, tiene que ser Dios.

Señor Jesús, cuando vengas en tu gloria con tus santos ángeles y los cielos huyan de tu presencia, por tu misericordia, te pedimos que nos des valentía en el Día del Juicio¹⁰.

Y así como Jesús hizo, gobierna y juzgará al mundo, destruirá estos cielos y esta tierra. “Y: Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permaneces; y todos ellos se envejecerán como una vestidura, y como un vestido los envolverás, y serán mudados” (Heb. 1:10-12). ¿Quién sino Dios puede hacer esto, y hacerlo con la misma facilidad como el hombre dobla una prenda y la deja a un lado? Jesús hará justamente esto. De seguro que es divino.

Jesús, nuestro Señor y nuestro Dios, cuando disuelvas el entorno de todas las cosas terrenales, acuérdate de nosotros y libranos según las riquezas de tu gracia en gloria.

IV. LA BIBLIA HA HECHO MÁS PARA QUITAR DE RAÍZ LA IDOLATRÍA QUE CUALQUIER OTRO LIBRO. Declara que los idólatras tendrán su parte en el lago de fuego. A la vez, este mismo libro sagrado autoriza que se ofrezcan los actos de adoración más elevados a Cristo. Se requiere tanta fe en él como en el Padre: “Creéis en Dios, creed también en mí” (Juan 14:1). Ambos Testamentos requieren que creamos en él y confiemos en él so pena de perdición¹¹. “Honrad al Hijo, para que no se enoje, y perezcáis en el camino; pues se inflama de pronto su ira. Bienaventurados todos los que en él confían.” (Sal. 2:12). “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Juan 3:36). Las Escrituras nunca nos requieren que confiemos en el hombre. Al contrario, dicen: “Maldito el varón que confía en el hombre” (Jer. 17:5). Pero también dicen: “Estará la raíz de Isaí, Y el que se levantará a regir los gentiles; Los gentiles esperarán en él” (Rom. 15:12). Sí, dicen además: “En el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en

¹⁰ Vea FGB, *Day of Judgment* [Día del Juicio], a su disposición en CHAPEL LIBRARY.

¹¹ **perdición** – el destino de los incrédulos, muerte eterna; condenación. Vea FGB 211, *Hell* (Infierno), a su disposición en CHAPEL LIBRARY.

los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra” (Fil. 2:10). Y todo esto es por mandato de Dios, porque “Cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios” (Heb. 1:6). Antes de nacer, Elizabeth, prima de su madre, guiada por el Espíritu Santo lo llamó: “Mi Señor” (Luc. 1:43). Después de su resurrección, Tomás, adorándolo dijo: “¡Señor mío, y Dios mío!” (Juan 20:28). El primer mártir cristiano lo adoró clamando: “Señor Jesús, recibe mi espíritu” (Hech. 7:59). Las Escrituras aseguran claramente que Jesús es objeto de la máxima adoración ofrecida en el cielo: “Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza. Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (Apoc. 5:11-13). Ningún lugar de la Palabra de Dios habla de una adoración solemne más universalmente completa que la que aquí declara que ha sido rendida al Hijo. En verdad, él es divino. Es Dios. Su divinidad es suprema. No hay idolatría en el cielo, y Jesús es adorado allí.

Oh, Cordero de Dios, concédenos este favor: que te adoremos con auténtica devoción en esta vida, y en la venidera que nos unamos a las huestes celestiales que te bendicen y honran por tu poder, gloria y salvación.

Lo anterior es meramente un bosquejo del argumento referente a este tema glorioso. La Biblia está lleno de él. A veces tenemos hasta casi un capítulo entero dedicado a este asunto tan importante... Muchas porciones de varios libros de la Biblia están dedicadas a establecer la misma verdad. Es evidente que el Evangelio de Juan fue escrito principalmente con el mismo propósito. El primer versículo puede considerarse como un resumen del contenido: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” (Juan 1:1). El tiempo no nos alcanzaría para ahondar cada una de las pruebas de la divinidad de nuestro Señor que encontramos en este Evangelio.

Ciertamente, podemos decir con Melville: “Si nunca hubo una persona que fue humana al igual que divina, entonces no hay otro libro con tantas contradicciones como la Biblia. Nada fuera de tal combinación da sentido a la Biblia, ni la rescata de tener una cantidad masiva de inconsistencias. Algunos pueden pensar que simplificaría la teología cristiana quitarle el misterio de dos naturalezas unidas en la sola persona de Cristo; pero así como la divinidad de nuestro Señor es el fundamento de nuestra esperanza, es también la clave de la Biblia.

Reconocemos reverentemente un gran misterio, pero ni la milésima parte de grande como lo sería la Biblia si se basara en que Cristo era solo un ser humano”¹².

1. Si Jesucristo es divino, podemos confiarle totalmente nuestro caso. No traicionará ningún interés que se le haya encomendado. Invita a todos a venir a él. Recibe a todos los que vienen. Es todo suficiente. Fue escogido, llamado y ordenado por Dios para esta obra de salvar a los perdidos que buscan su refugio en él. Un hombre de Dios dijo cierta vez: “Si no supiera que mi Salvador es Dios, esta noche me acostaría desesperado: en este caso, las Escrituras no podrían brindarme consuelo alguno”. Pero es divino, y podemos confiadamente poner todo el peso de nuestra salvación en su brazo todopoderoso y confiarle nuestros más complicados asuntos que él los solucionará con su sabiduría infinita.

2. Tener fe en el Señor Jesucristo es un deber razonable. “El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida” (1 Juan 5:12). Si fallamos aquí, fallamos del todo, porque en ningún otro hay salvación (Juan 14:6; Hech. 4:12). Él es la Roca. Toda esperanza que no es basada en él perecerá para siempre. Jesús es para salvación y para condenación de muchos. Será para nosotros una roca de salvación o una piedra de tropiezo, la sombra de un gran peñasco en tierra calurosa o una piedra de tropiezo para los que no creen. Ya hace tiempo que he dejado de admirarme de que Jehová haya puesto tanto énfasis en esta doctrina. En su medida, los piadosos hacen lo mismo. Todos se aferran a ella como su última esperanza. ¡Oh, que cada hombre pidiera a Dios que le dé fe: fe *salvadora*! Porque nadie puede decir que Jesús es el Señor, sino por acción del Espíritu Santo (1 Cor. 12:3).

3. ¿Aceptas a este Señor Jesús como tu Salvador? ¿Quieres inclinar tu rostro y llevar sobre ti su yugo? (Mat. 11:29). Si confiesas tus pecados, él es fiel y justo para perdonarlos, y limpiarte de toda maldad (1 Juan 1:9). ¿Lo aceptas? Lo necesitas. Lo necesitas ahora. Lo necesitas con urgencia. Lo necesitas para que te ayude a vivir. Lo necesitarás para que te ayude a morir. Necesitarás su gracia y misericordia para siempre.

Tomado de *The Rock of our Salvation* (La Roca de nuestra salvación),
Sprinkle Publications, www.sprinklepublications.net.



La causa motivadora de la encarnación de Cristo es el amor del Padre y del Hijo por la humanidad. —*John Gill*

¹² **Henry Melville** (1800-1871), sermón predicado en St. Paul ante la Sons of the Clergy Society, 9 de mayo, 1844.

CRISTO ES HOMBRE

Thomas Brooks (1608-1680)

En relación con la humanidad de Cristo, comenzaré diciendo que así como es realmente Dios es también realmente hombre: “Jesucristo hombre” (1 Tim. 2:5). Cristo es realmente hombre, pero no meramente hombre. La palabra no debe ser entendida como denotando exclusividad, negando así la naturaleza divina. Cristo es *theanthropos*, tanto Dios como hombre, llamado a veces según una naturaleza o la otra. A veces es llamado Dios, y a veces hombre. Debido a que es realmente ambos, interesado y participando en dos naturalezas, está por ello calificado como un mediador entre Dios y los hombres...

Ahora bien, en cuanto a la humanidad de Cristo, el profeta dice claramente: “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado” (Isa. 9:6). Un “niño”, *eso* indica su humanidad. Un “hijo”, *eso* indica su deidad. Un niño, un hombre de la sustancia de su madre, nacido en el mundo (Mat. 1:25). Un Hijo, Dios de la sustancia de su Padre, engendrado antes de que existiera el mundo... Un niño, contemplemos su *humildad*: “Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre” (Luc. 2:7). Un Hijo, contemplemos su *dignidad*: “Cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios” (Heb. 1:6). Para dar prueba de que era hombre, es suficiente decir que nació, vivió y murió. Dios se hizo hombre por una unión extraordinaria, magnífica, inexpresable... Cristo, como hombre, fue descendiente de reyes (Mat. 1:1-16); como hombre, juzgará al mundo (Hech. 17:31). Como hombre, nació maravillosamente de una virgen (Mat. 1:23; Isa. 7:14)... El apóstol subraya el hecho cuando dice que Cristo fue “nacido de mujer”, no de un hombre y una mujer, sino de una mujer sola sin un hombre (Gál. 4:4).

Cristo como hombre fue predicho por los profetas y por diversas personas. Cristo, como hombre, fue atendido en su nacimiento por ángeles santos, y para él fue creada una estrella excepcional (Luc 2:13-14; Mat. 2:1-2). Cristo, como hombre, fue nuestro sacrificio y expiación¹; fue el pago de nuestro rescate, que nosotros nunca podríamos haber pagado, sino que nos hubiéramos quedado en la prisión del infierno pudriéndonos para siempre. Cristo, como hombre, fue concebido por el Espíritu Santo (Mat. 1:18). Cristo, como hombre, ascendió al cielo

¹ **expiación** – quitar o cubrir la culpa del pecado.

(Hech. 1:9-10). Cristo, como hombre, está sentado a la diestra de Dios (Col. 3:1). ¿Qué indican todas estas cosas, sino que Jesucristo es un humano de valor inestimable y muy excelente? Cristo tenía los verdaderos sentimientos y acciones y características del hombre. Fue concebido, nació y fue circuncidado. Sentía hambre y sed; vestía ropa; comía bebía, dormía, oía, veía, tocaba, hablaba, suspiraba, gemía, lloraba y crecía en sabiduría y estatura, etc., como los cuatro autores de los Evangelios testifican abundantemente. Porque este es un punto de gran importancia, especialmente en esta época cuando están apareciendo entre nosotros tantos engañadores, sería conveniente considerar los siguientes detalles:

(1) Primero, acerca de estos pasajes bíblicos que hablan de lo innegable y la autenticidad del cuerpo de Cristo: “Y aquel Verbo fue hecho carne” (Juan 1:14). “Indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne” (1 Tim. 3:16). Cristo es el mismo, concebido por el Padre *sin* tiempo —el Hijo de Dios sin madre; y nacido de una virgen *en el tiempo*— el Hijo del hombre sin padre, el Hijo de ambos, natural y consustancial².

¡Oh! ¡Qué gran misterio es este! “Por tanto, puesto que los hijos han participado de carne y sangre, de igual manera él participó también de lo mismo para destruir por medio de la muerte al que tenía el dominio de la muerte (este es el diablo)..., porque ciertamente él no tomó para sí a los ángeles sino a la descendencia de Abraham” (Heb. 2:14, 16, Biblia de Estudio Mundo Hispano)... ¡Oh señores! Esta es la columna principal de nuestro consuelo: ¡Jesús tomó para sí nuestra carne! Si no lo hubiera hecho, nunca habríamos podido ser salvos por él. “Acercas de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne” (Rom. 1:3). “De quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén” (Rom. 9:5). ¡Este es un honor más grande para toda la humanidad que si el rey más poderoso del mundo se hubiera casado con una humilde plebeya de entre sus súbditos!

Cristo dice: “Porque mi carne es verdadera comida” (Juan 6:55), y yo digo que su carne ciertamente era *carne*: carne de verdad, real, propiamente dicho, tan carne como la nuestra. “En su cuerpo de carne, por medio de la muerte” (Col. 1:22). “Por lo cual, entrando en el mundo dice: sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo” (Heb. 10:5)...

² **consustancial** – de la misma esencia.

Dios hizo el cuerpo de su Hijo para que estuviera unido con la deidad y para ser un sacrificio expiatorio del pecado: “Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 Ped. 2:24)... Cristo no tenía a nadie que le ayudara o sostuviera bajo la carga pesada de nuestros pecados y la ira de su Padre... Él, que en su cuerpo cargó nuestros pecados sobre el madero, es decir el castigo que merecíamos por nuestros pecados, se hizo carne, carne que era exactamente igual a la nuestra. Su cuerpo tenía los mismos órganos, miembros, características y la misma proporción que el nuestro. El cuerpo de Cristo no era un espectro, ni un fantasma ni tenía un aparente cuerpo, como si no existiera sino que era una aparición o un producto de la imaginación — lo cual afirmaban los seguidores de Marción³, los de Mani⁴ y otros herejes de la antigüedad, y que algunos hombres con mentes corruptas afirman en la actualidad— sino que era un cuerpo tan real y tan sólido como cualquier cuerpo humano. Por lo tanto, el apóstol lo llama cuerpo de carne (Col. 1:22) —un “cuerpo” para mostrar su organización y un “cuerpo de carne” para mostrar su realidad en oposición a todos los cuerpos etéreos e imaginarios. El cuerpo de Cristo contaba con todas las propiedades esenciales de un verdadero cuerpo... como todos los autores de los Evangelios testifican abundantemente... “Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo” (Luc. 24:39). Cristo les recalca aquí el testimonio de los propios sentidos de ellos para que comprendan que lo que ahora veían no era una visión ni un espíritu, sino un cuerpo verdadero y real que se había levantado de entre los muertos... Esto da prueba de que Cristo era un hombre real, tal como el hecho de que existía desde el principio da prueba de su deidad.

Cristo también tenía los sentimientos, pasiones y condiciones que son naturales al cuerpo humano, como por ejemplo *hambre*: “Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre” (Mat. 4:2)...Cristo no tuvo hambre durante todos los cuarenta días, pero después tuvo hambre para mostrar que era un hombre... Y tal como Cristo tenía hambre, Cristo tenía *sed*: “Vino una mujer de Samaria a sacar agua; y Jesús le dijo: Dame de beber” (Juan 4:7). Aquí vemos que él, que era rico, se hizo pobre para que nosotros pudiéramos ser ricos (2 Cor. 8:9). Él, que da a todas las criaturas “su comida a su tiempo” (Sal.

³ **Marción** – Marción de Sínope (c. 85-160), hereje del siglo II, quien rechazó el AT y produjo su propio NT, el cual incluía un Evangelio de Lucas abreviado y diez epístolas de Pablo, creía y enseñaba que Jesús no había nacido sino que sencillamente había aparecido.

⁴ **Mani** – filósofo iraní del siglo III (216-c. 277), fundador de una forma compleja de gnosticismo que enseñaba que Cristo era un profeta, pero no el Hijo encarnado de Dios.

104:27) le pide agua a una pobre mujer con un jarro para refrescarse de su cansancio y calmar su sed. Jesús dijo: “Tengo sed” (Juan 19:28); sangrar da sed. Dormía: “Él dormía” (Mat. 8:24), para demostrar lo cierto de su naturaleza humana y la debilidad de la fe de sus discípulos... Sí, aunque Cristo, en su naturaleza humana dormía, su deidad permanecía despierta de modo que sus discípulos, estando en peligro, pudieron clamar a él con más fervor y ser salvos de un modo extraordinario. Y así como Jesús dormía, también se *cansaba*: “Y estaba allí el pozo de Jacob. Entonces Jesús, cansado del camino, se sentó así junto al pozo. Era como la hora sexta” (Juan 4:6), o sea alrededor del mediodía. Por el calor del día, Cristo estaba cansado... dice el pasaje que, cansado después de caminar toda la mañana, “se sentó junto al pozo”... En resumen, fue concebido, estuvo su tiempo en el vientre de la virgen, nació, fue circuncidado, vivió unos treinta años sobre la tierra, todo ese tiempo anduvo entre la gente, sufrió, murió y fue crucificado, sepultado, resucitó, ascendió y se sentó corporalmente a la diestra de Dios; y corporalmente volverá para juzgar al mundo. Ahora bien, ¿qué indican todas estas cosas más que el hecho que Cristo tiene un cuerpo verdadero? ¿Quién con un poco de inteligencia podría afirmar que todo esto podría suceder con un cuerpo imaginario?

(2) En segundo lugar, los diversos títulos y características que la Biblia da a Jesús son clara evidencia de la certidumbre y realidad de su naturaleza humana. Es llamado (1) el hijo de la virgen (Isa. 7:14); (2) su primogénito (Luc. 2:7); (3) el Renuevo (Zac. 3:8; 6:12); (4) el Renuevo de justicia (Jer. 33:15; 23:5); (5) una vara del tronco de Isaí, y un vástago de sus raíces (Isa. 11:1); (6) simiente de la mujer (Gén. 3:15); (7) simiente de Abraham (Gén. 22:18); (8) descendencia de David (Sal. 89:36; 132:11; Hech. 2:30); (9) linaje de David según la carne (Rom. 1:3; 2 Sam. 7:2); (10) el león de la tribu de Judá (Apoc. 5:5); (11) descendiente de Jacob (Gén. 28:14); (12) descendiente de Isaac (Gén. 26:4); (13) “un niño nos es nacido, hijo nos es dado” (Isa. 9:6); (14) hijo del hombre (Mat. 8:20; 17:13; Apoc. 1:13; Dan. 7:13; Juan 3:13); (15) es llamado “Jesucristo hombre” (1 Tim. 2:5), “Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos” (1 Cor. 15:21): la justicia de Dios no podía ser satisfecha por medio de la misma naturaleza que había pecado; (16) Hijo de Dios, venido de mujer (Gál. 4:4); (17) hombre (1 Tim. 2:5); (18) hijo de David (Mat. 1:1): “¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David?” (Mar. 12:35).

Ya que los escribas y fariseos sabían y reconocían que Cristo debía ser el hijo de David según las Escrituras —es decir, que nacería y sería de la línea y posteridad de David, en lo que a la carne se refiere— podemos

entender la verdad de la naturaleza humana de Cristo que fue ordenada por Dios, para ser verdaderamente humano al igual que Dios en una misma persona. De otra manera, no hubiera sido hijo de David. Ahora bien, aun los escribas y fariseos sabían y reconocían que era hijo de David, como veremos a continuación. Esta era una verdad que habían aprendido de las Escrituras; y no solo ellos, sino que también todo el pueblo judío de la época de nuestro Salvador. Algunos de estos decían así: “¿No dice la Escritura que del linaje de David... ha de venir el Cristo?” (Juan 7:42). En aquel entonces, el Mesías era llamado “el hijo de David” (Rom. 1:3). Entonces, siendo Cristo de la simiente de David según la carne, es indudable que es verdaderamente hombre al igual que Dios; quien fue encarnado en el momento determinado por Dios. Esto significa que siendo el Hijo de Dios desde la eternidad, a su tiempo se hizo hombre, asumiendo nuestra naturaleza, junto con las debilidades de nuestra naturaleza pero con la única excepción de que no tenía pecado. Así es que vemos que los dieciocho nombres dados a Cristo en las Sagradas Escrituras demuestran abundantemente la veracidad de la naturaleza humana de Cristo.

(3) En tercer lugar, Cristo tomó sobre sí la totalidad de la naturaleza humana. Realmente era verdadera y completamente un hombre, compuesto de carne y espíritu, cuerpo y alma; sí, asumió toda la naturaleza humana con sus partes esenciales: alma y cuerpo. Las dos partes esenciales y que componen las partes del hombre son alma y cuerpo; donde hay estos dos, hay un hombre de verdad. Cristo tenía ambos: por lo tanto, era verdaderamente hombre.

[1] *Primero, Cristo tenía un alma verdadera y racional.* El alma racional es la parte más elevada y noble del hombre. Esto es lo que, principalmente, hace al hombre y tiene la mayor influencia en su ser y esencia. Por lo tanto, si Jesucristo hubiera tenido solo un cuerpo humano sin un alma humana, hubiera carecido de la parte que es la más esencial del hombre, por lo que tampoco se hubiera podido considerar como un hombre verdadero y perfecto. ¡Ay señores! Cristo no redimió ni salvó nada que él mismo no tomó para sí. La redención y salvación no abarca más allá de [la naturaleza humana] de la cual se apropió...

Las Escrituras dan clara evidencia de que Cristo tenía un alma humana verdadera: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte” (Mat. 26:28). Cada palabra es enfática: “Mi *alma*”: Su tristeza le partía el alma... Notemos que así como el alma es el primer elemento de la transgresión, es el alma la primera en sentir aflicción. “Hasta la *muerte*”: es decir, esta tristeza nunca acabará ni se interrumpirá sino hasta la muerte. “Mi alma está muy triste”, lo cual significa que Cristo tenía un

alma verdaderamente humana! Su deidad no le servía de alma como se imaginaban hombres de mentes corruptas⁵ en la antigüedad. Porque si no hubiera sufrido en el alma al igual que en el cuerpo, entonces solo nuestros cuerpos, no nuestras almas, hubieran sido redimidos por él.

Los sufrimientos de su cuerpo eran solo el cuerpo de sus sufrimientos; el alma de sus sufrimientos era los sufrimientos de su alma, que ahora sufría la peor tristeza que es concebible sufrir: “Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré?” (Juan 12:27). La palabra griega significa una conmoción y perturbación violenta, como la que sintió Herodes cuando oyó que había nacido un rey (Mat. 2:3), o como la que sintieron los discípulos cuando creyeron ver un espíritu caminando sobre el agua y gritaron aterrorizados (Mat. 14:26); o como la del temor que le sobrecogió a Zacarías cuando se le apareció el ángel (Luc. 1:12).

La causa por la que el alma de Jesús estaba turbada era esta: la Divinidad escondiéndose del sentimiento humano, y el Padre mostrando no solo ansiedad por sus sufrimientos venideros, sino dando en ese momento una muestra del horror de su ira hacia el hombre por sus pecados. Se siente pasmado, atónito y perplejo por ello en su parte humana. ¡No nos sorprenda, dado que los pecados de todos los electos por los cuales sufría, le estaban siendo imputados⁶ a él! Es así que esta ira no es hacia su Persona, sino contra los pecados que estaba cargando. Aunque aquí Cristo está afligido, o confundido y desconcertado, como la palabra implica, no pensemos que había algún pecado en este sentimiento, porque era como agua limpia en una vasija limpia, la cual, aunque se revuelve o sacude, sigue limpia y clara. Tampoco pensemos que es extraño que el Hijo de Dios tuviera que pasar por esta perplejidad en este sufrimiento hasta el punto de no saber qué decir. Considerándolo como un hombre... que esta carga pesada de ira le cayó súbitamente, no sorprende que sus pensamientos humanos estuvieran perturbados.

¡Ay señores! ¡Presten atención! Así como el pecado ha infectado tanto las almas como los cuerpos de los escogidos —principalmente sus almas, donde tiene su morada primordial— así también Cristo sufrió angustias y sinsabores indecibles en su alma, al igual que las torturas en su cuerpo para expiar este pecado. “Mi alma está triste”, dice. Aunque algunos sufrimientos del cuerpo son muy intensos y dolorosos, y los de Cristo particularmente lo eran, mucho peor que cualquiera de estos son los de la mente, tal como los sintió Jesús. Pudo sufrir en silencio sus angustias exteriores, pero no pudo dejar de clamar al sufrir su angustia interior...

⁵ apolinaristas y arrios; *vea* Donald Macleod, *The Person of Christ* (La persona de Cristo), 158-159.

⁶ **imputación** – poner a cuenta de uno.

Cuando Jesús sufrió por nosotros, cargó con nuestros pecados (Isa. 53:5-6), así como en los sacrificios antiguos, el pecador tenía que colocar sus manos sobre la cabeza de un animal, confesando sus pecados. Después el animal era sacrificado y ofrecido en expiación (Lev. 8:14, 18, 22), cargando, por así decirlo, con aquellos pecados por los cuales el pecador era justificado.

El pecador nunca hubiera podido ser perdonado ni su culpa por el pecado quitada, sin que Cristo ofreciera su alma como una ofrenda por el pecado. ¿Qué, más que su alma, le encomendó Cristo específicamente a Dios cuando estaba dando su último suspiro? “Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró” (Luc. 23:46). Es decir: “Encomiendo mi espíritu a tu cuidado seguro, como un tesoro o una joya especial, para que lo preserves y guardes con toda ternura”. “Crecía en sabiduría y en estatura” (Luc. 2:52). Aquí habla de estatura para su cuerpo y sabiduría para su alma. Su crecimiento en lo primero indica lo cierto de su composición física mientras que lo segundo, lo cierto de su composición espiritual: no podía ser que su cuerpo creciera en sabiduría ni su alma en estatura; por lo tanto, es obvio que tenía los dos.

Hay dos componentes *esenciales* de una de sus naturalezas, de su naturaleza humana: cuerpo y alma. Pero estos han sido negados en el pasado. Marción le quita a Cristo su cuerpo, Apolinar⁷ su alma, mientras que los arrios⁸ afirmaban que Jesús no tenía un alma [humana], sino que la deidad en él le era alma y cumplía los oficios de esta, que lo que el alma es para nosotros y lo que hace en nuestro cuerpo, su naturaleza divina le era para él y hacía en su cuerpo...

[2] *Segundo, así como Cristo tenía un alma realmente humana y racional, también tenía un cuerpo perfecto, entero, completo y todo lo que comprende un cuerpo humano.* Por ejemplo: (1) Tenía sangre: “Él también participó de lo mismo” (Heb. 2:14), refiriéndose a carne y sangre. Cristo tenía sangre humana. Tiene que haber derramamiento de sangre, porque sin ello no hay remisión de pecado (Heb. 9:22). La sangre de animales no puede quitar los pecados de seres racionales (Heb. 10:4-5,10); por lo cual Cristo tomó nuestra naturaleza para tener nuestra sangre que derramaría por

⁷ **Apolinar** (c. 310-390) – obispo hereje de Laodicea en Asia Menor; enseñaba que la persona de Cristo tenía un cuerpo humano pero no una mente o espíritu humano: Su mente y espíritu eran de la naturaleza divina del Hijo de Dios.

⁸ **arrios** – seguidores de Arrio (c. 256-336), obispo de Alejandría que enseñaba que solo Dios el Padre era eterno y que él había creado al Hijo. Arrio también enseñaba que el Hijo era un ser celestial que había existido antes del resto de la creación y que era mucho mayor que el resto de la creación; no obstante, no era igual al Padre en todos sus atributos: era *divino*, pero no *deidad*. Los Testigos de Jehová de la actualidad son arrios.

nuestros pecados. En la gran empresa de la salvación del hombre, existe un énfasis en Cristo como ser humano —“Jesucristo hombre” (1 Tim. 2:5)— el remedio conteniendo el ingrediente apropiado para la enfermedad: los sufrimientos de un hombre para expiar el pecado del hombre. (2) Tenía huesos al igual que carne: “Un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo” (Luc. 24:39). (3) Cristo, en su condición de hombre, sentía compasión (Fil 2:8), la que demostró estando en la tierra (Mat. 12:18-20). Y la sigue teniendo en el cielo. Estando en gloria tiene empatía por los sufrimientos de su pueblo: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (Hech. 9:4; Mat 25:35ss). Aunque Cristo en su estado glorificado está libre de ese estado de fragilidad, de capacidad de sentir o sufrir, de su mortalidad, conserva su compasión de siempre. (4) Tenía simpatía humana. Todos los evangelistas testifican ampliamente sobre la sencillez con que Cristo se relacionaba socialmente con todo tipo de personas en este mundo. El hombre es una criatura sociable y sin pretensiones. Cristo se hizo hombre a fin de ser un sumo sacerdote misericordioso (Heb. 2:17); no que el hecho de que se hiciera hombre lo hiciera más misericordioso, como si la misericordia del hombre fuera más que la de Dios, sino porque de esta manera, misericordia es demostrada al hombre de un modo más apropiado y familiar a este.

(4) **Por último, nuestro Señor Jesucristo tomó sobre sí nuestras flaquezas.** Cuando Cristo estuvo en este mundo, se sometió a los accidentes, situaciones, enfermedades, sufrimientos y calamidades que le pueden suceder a los seres humanos. Para empezar, recordemos que hay tres tipos de flaquezas: (1) Hay flaquezas *pecaminosas* (Stg. 5:5, Sal. 77:10). Aun el mejor de los hombres no es más que, en el mejor de los casos, meramente hombre. Recordemos la incredulidad de Abraham, la caída de David, las maldiciones de Job, la rebeldía de Jonás, la incredulidad de Tomás, la mentira de Pedro, etc. Ahora bien, Jesús tomó sobre sí todas estas debilidades, porque aunque fue hecho como nosotros en todo sentido, no pecó (Heb. 4:5). (2) Hay flaquezas *personales*, las cuales por causas particulares padece esta o aquella persona; como ser, lepra, ceguera, mudez, parálisis, hidropesía, epilepsia, cálculos, gota y enfermedades. Cristo nunca estuvo enfermo... No tenía pecado, y por lo tanto ninguna enfermedad. Cristo no cargó con las condiciones físicas particulares de esta persona o aquella. (3) Hay flaquezas *naturales* que padece toda la humanidad desde la Caída, como ser, hambre, sed, cansancio, tristeza, sudor, hemorragias, heridas, muerte, sepultura. Jesucristo cargó con estas flaquezas naturales que son comunes a la naturaleza humana, tal como lo testifican abundantemente todos los evangelistas.

Nuestro querido Señor Jesús estuvo semanas y meses en el vientre de la Virgen. Recibió nutrición y crecimiento de la manera natural. Nació y fue criado tal como por lo común lo son los infantes normales. Comía comida como la nuestra para alimentar su cuerpo. Sufrió pobreza, aflicciones, reproches, persecuciones, tentaciones, traiciones, falsas acusaciones, etc. Su vida entera, desde la cuna hasta la cruz, estuvo llena de tristezas y aflicciones. Así es que vemos que Jesucristo de hecho tomó sobre sí las flaquezas que caracterizan la naturaleza del hombre, aunque no tomó sobre sí las flaquezas individuales de personas en particular. Ahora bien, ¿qué demuestran todas estas cosas, más que la certeza y realidad de la humanidad de Cristo?

Tomado de “The Golden Key to Open Hidden Treasures” (La llave de oro para abrir tesoros escondidos) en *The Works of Thomas Brooks* (Las obras de Thomas Brooks), Banner of Truth Trust, www.banneroftruth.org.

Thomas Brooks (1608-1680): Pastor congregacional y autor de numerosas obras; sepultado en Bunhill Fields, Londres, Inglaterra.



CRISTO ES DE VALOR INCALCULABLE

Octavius Winslow (1808-1878)

“Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso” (1 Pedro 2:7).

Una firme convicción de lo precioso que es el Salvador, o sea de su valor incalculable, siempre ha sido considerada por ministros iluminados del evangelio como una evidencia bíblica e indubitable de la existencia de vida divina en el alma. Y en momentos cuando ni el tiempo ni las circunstancias permiten un estudio profundo de un credo teológico ni un buen análisis de sentimientos y emociones espirituales, la pregunta única y sencilla sobre la cual descansa todo el tema ha sido: “¿Cuál es tu experiencia de la valía del Salvador? ¿Es Cristo de un valor *precioso* para tu corazón?” La respuesta a esta pregunta ha sido la prueba con la cual medir el cambio vital y espiritual del alma. ¡Y qué apropiado que lo sea! En proporción a cómo el Espíritu Santo imparte un sentido real, inteligente de lo pecaminoso que es uno, será el aprecio del corazón por la valía, la suficiencia y el valor incalculable del Señor Jesús...

Comenzamos con una consideración del *valor incalculable* personal de Cristo —el valor incalculable *en sí mismo*. Es la convicción de la dignidad y el valor *personal* de Cristo lo que da a la fe la comprensión tan sustancial de lo grandioso y del valor incalculable de su obra. Necesitamos, amados, una advertencia contra un error en el cual algunos han caído —el de exaltar la *obra* de Cristo por sobre la persona de Cristo— en otras palabras, el de no vincular la eficacia del sacrificio de Cristo con la dignidad esencial de la persona de Cristo.

Si admitimos la *divinidad* del Salvador, su muerte expiatoria es un hecho fácil de creer. Una vez que reconocemos que el que murió en la cruz era “Dios... *manifestado en carne*”, no tendremos ninguna dificultad en admitir que aquella muerte fue sacrificial y expiatoria. Los sufrimientos y la muerte de un Ser tan glorioso debe estar en armonía con un objeto y relacionado con un resultado de igual dignidad e importancia; ¿y dónde se puede encontrar un objeto y un resultado tan glorioso como la salvación del hombre?... No hubiera ninguna gloria en sus logros, ninguna importancia en su obra, ninguna eficacia en su sangre, de no haber dignidad y valor divinos en su *persona*. Y si no hubiera dado ni un solo paso en obrar la salvación del hombre —si no hubiera reparado ninguna brecha, ni vertido ninguna lágrima, soportado

ninguna agonía, ni derramado sangre por la redención de su iglesia —si, en suma, no hubiera él conferido ni una solitaria bendición sobre nuestra especie, igual hubiera sido el Hijo eterno de Dios: divino, único, glorioso, el objeto de amor y adoración eternos de todos los seres celestiales y por toda la eternidad. Entonces, mientras que su obra sacrificial ilustra su maravilloso amor y gracia para con los pecadores, esta debe toda su aceptación y eficacia al valor que le imparte la deidad esencial de su persona. Por lo tanto es el valor incalculable *personal* de Cristo lo que da un valor oficial a su obra.

¿Quién, entonces, es el Señor Jesucristo? Comúnmente, la gente lo llama “nuestro Salvador”. Pero, ¿se detiene y reflexiona la mayoría sobre *quién* es realmente Cristo? ¿Lo consideran el Creador de este mundo, de todos los mundos? ¿Creador de su ser, de todos los seres? Consideran que “Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Juan 1:3). Si lo hicieran, ¿no le rendirían homenaje divino, ya que aquel que crea tiene que anteponerse y estar por encima de todo lo creado, y ser por lo tanto, preexistente y divino?

¡Qué verdad grandiosa y gloriosa es esta al alma creyente —la deidad absoluta del Salvador— la divinidad esencial de Cristo! ¡Cómo granjea su cariño siendo la Roca de la Eternidad sobre la cual basa su esperanza! Qué valor incalculable tiene cada evidencia del poder, la estabilidad y la perpetuidad divina sobre la cual el creyente pecador pone toda su fe para salvación. De valor incalculable, es pues Cristo *como Dios*. Valioso en su deidad —valioso como una persona en particular de la venerable divinidad— valioso como Dios sobre todas las cosas, bendito por siempre jamás (Rom. 9:5). Haz una pausa, lector cristiano, para maravillarte y elevar tus alabanzas ante esta augusta verdad. Si hubiera un lugar donde debiéramos quitarnos el calzado, sería este. ¡Con qué reverencia profunda, con qué sobrecogimiento silencioso, pero sobre todo con cuánto amor adorador debemos contemplar la divinidad de nuestro Redentor! ¡Si no fuera por esa Divinidad estaríamos perdidos para siempre! Su obediencia a la Ley, su satisfacción a la justicia de Jehová, no hubieran tenido ninguna eficacia, si no hubiera sido por la autoridad, dignidad y virtud de su naturaleza divina. No cuestionemos el hecho por lo misterioso de su método. *Cómo* pudo encarnarse Jehová es una maravilla que en este estado de conocimiento limitado, jamás podremos comprender plenamente; basta con saber que así fue.

Hagamos que la razón adore con reverencia, y que la fe confíe implícitamente... No vacilemos en creer plenamente en todas las verdades gloriosas del evangelio y de poner todo el peso de nuestra alma sobre la expiación de Jesús, y de creer que, aunque somos pecadores, lo

principal es el valor divino y la eficacia soberana de su sacrificio, por lo cual seremos salvos eternamente porque nuestro Creador es nuestro Salvador, Juez y Justificador.

Esta representación personal de nuestro Señor Jesús incluye también el valor incalculable de su *humanidad*. Su alianza personal con nuestra naturaleza, su condescendencia hacia nuestra humanidad, es uno de los rasgos más atractivos al corazón de sus santos creyentes. Hemos proclamado deidad absoluta para el Hijo de Dios; ahora proclamamos su humanidad perfecta. Fue “hecho” carne, verdadera y sustancial; no obstante, “santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores” (Heb. 7:26). Una humanidad idéntica en todo a la de su pueblo, menos su pecado original y real. El “que no conoció pecado” (2 Cor. 5:21). A pesar de ello, ¡qué portador de pecados fue! ¡Todas las transgresiones de sus electos se acumularon sobre él! Pero solo podía cargar con los pecados porque él mismo estaba libre de sus manchas. Si hubiera tenido siquiera el hálito más remoto de contaminación, si hubiera circulado por sus venas una gota de virus moral, hubiera sido totalmente y por siempre incapaz de presentar a la justicia de Dios una expiación por el pecado. Hubiera tenido que, como los sumo sacerdotes de antaño, ofrecer “primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo” (Heb. 7:27). De qué valor incalculable es pues, nuestro Señor Jesús como “hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne”.

Pensemos en su humanidad perfecta —una humanidad libre de pecado, y por ello, capaz de morir por los impíos— una humanidad llena de aflicciones, y por lo tanto capaz de identificarse con el afligido. Valioso para nuestro corazón por ser Dios —valioso como Hombre— valioso como ambos en uno —de valor inconcebible y eterno es él cuyo nombre es “admirable” (Isa. 9:6) a los ojos de sus santos creyentes. ¡Anunciemos, oh anunciemos lo preciado de la humanidad del Hijo de Dios que realmente compartió nuestra condición y todavía se compadece totalmente de las debilidades, flaquezas, tentaciones y tristezas sin pecado de su pueblo! ¡Humanidad de valor incalculable! Que cuando otras amistades humanas cambian, otros amores humanos se enfrían y otras compasiones humanas se acaban, podemos volvernos y encontrar un árbol de hoja perenne, un arroyuelo perpetuo, una fuente que sin pausa borbotea afecto, ternura y compasión, satisfaciendo totalmente los profundos anhelos de nuestro corazón. ¡Humanidad de valor inmedible! que seca cada lágrima, que se atribuye cada carga, que está sujeto a cada flaqueza, que consuela cada tristeza y que socorre en cada momento de tentación de su pueblo. “Debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se

refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Heb. 2:17-18).

¡Ay pues, todos nosotros sus santos, amemos al Señor; alabémoslo, todo su pueblo! En todos nuestros dolores profundos, nuestras aflicciones de soledad, nuestras duras pruebas, nuestras tentaciones ardientes, nuestras necesidades apremiantes y flaquezas cotidianas, recurramos al socorro, al consuelo y la intercesión de la humanidad de Cristo, y comprobemos su valor incalculable para sus hijos angustiados y afligidos. Sobre esta roca de la persona compleja de Cristo, Dios ha edificado su iglesia, y las puertas del infierno no pueden prevalecer contra ella.

El valor incalculable del Señor Jesús incluye su obra... Notemos la obra preliminar de nuestra salvación. “Jehová el Señor dice así: He aquí que yo he puesto en Sion por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable” (Isa. 28:16). Sobre tal fundamento buscamos una superestructura en todo sentido digna de su costo y capacidad. La encontramos en la obra de Jesús. ¡Oh, qué superestructura es nada menos que la salvación de su iglesia! Una obra tal era digna de Dios y de toda la gloria, sabiduría, y potencia invertida en su cumplimiento. En ninguna parte tenemos una vista más perfecta de la gloria divina que a través de la cruz. El cielo magnífico que se extiende sobre nosotros, adornado e iluminado con mundos infinitos, palidece ante la gloria tenue, el esplendor suave de la cruz de Cristo.

¡En ninguna parte le parece Jehová-Jesús tan exaltado a la mente creyente y espiritual como cuando se humilla, tan glorioso como cuando está eclipsando, tan santo como cuando carga el pecado, tan amante como cuando sufre su castigo, tan triunfante como cuando es vencido en la cruz! ¡Oh, no busques a Dios en el cielo estrellado, en la sublimidad de la montaña, en la belleza del valle, en la grandeza del océano, en el murmullo del arroyuelo, ni en el silbido del viento! Dios hizo todo esto, pero nada de esto es Dios. ¡Búscalo *en la cruz de Jesús!* Contéplalo a través de este maravilloso telescopio, y aunque, como viendo oscuramente a través de un vidrio, verás su gloria —la Divinidad en un eclipse temible, el Sol de su deidad poniéndose en sangre— no obstante, la cruz tosca y ensangrentada revela con más claridad la mente de Dios, más armoniosamente muestra las perfecciones de Dios, más perfectamente descorre el velo del corazón de Dios y más plenamente exhibe la gloria de Dios que el poder combinado de diez mundos como este, aun si el pecado nunca lo hubiera manchado y la maldición nunca lo hubiera arruinado. Busca a Dios en Cristo, y a Cristo en la cruz. ¡Oh

las maravillas que contiene —la gloria que se agolpa a su alrededor, los torrentes de bendiciones que fluyen de ella, la sombra penetrante y refrescante en la experiencia feliz de todos los que viven con sus ojos puestos en Jesús, que confían en Jesús y aman, que confían en Jesús y obedecen, que confían en Jesús y se apropian de esa bendita “esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos” (Tito 1:2).

¡Qué estructura digna es esta de un fundamento tan divino! ¿Qué pudiera ser más digno de Dios, cuya esencia es “amor”, que la salvación de su pueblo? En nada como esto podría aparecer con más claridad como él mismo. Sobre ninguna plataforma podría tan honorable y completamente descender el telón de sus perfecciones, y presentarse en toda su majestuosidad, tan “grande para salvar” (Isa. 63:1). Creyente humilde en Cristo, ¡eres *salvo*! Santo feliz de Dios, ¡estarás en el *cielo*! ¡Cristo ha pagado tu deuda, abierto tu prisión, roto tus cadenas y liberado de la maldición de la Ley, de la condenación del pecado y de la pena de muerte, de modo que estarás para siempre con el Señor! ¿No es esto suficiente para hacer que toda tu vida, aunque con sus sombras y llena de vaivenes, sea un dulce salmo de alabanza, con el que aprendes las primeras notas del canto que cantarás por toda la eternidad?

De qué valor incalculable es la *justicia* de Cristo —una justicia que justifica totalmente a nuestra *persona*, cubriendo totalmente nuestra deformidad y presentándonos a Dios... Y contemplemos el valor incalculable de su *sacrificio*, que es como “olor fragante” (Ef. 5:2) que se eleva del altar de oro delante del trono en una nube constante de incienso, aromatizando a las personas, perfumando las oraciones, acompañando las ofrendas y presentando con aceptación cada aliento de devoción, cada acento de alabanza y cada muestra de amor que su pueblo aquí en la tierra pone a sus pies. “Con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Heb. 10:14). Esa “sola ofrenda” ofrecida una sola vez para todos fue tan divina, tan santa, tan completa, tan satisfactoria que perfeccionó para siempre el perdón, perfeccionó la justificación, perfeccionó la adopción y perfeccionará la santificación cuando perfeccione la gloria de todos los escogidos de Jehová. Amados, ¿no basta esto para apagar cada suspiro, acallar cada temor, aniquilar cada duda y llenarnos de paz y gozo porque creemos? ¡Qué aclamaciones de alabanza a Jesús debieran brotar de cada boca al contemplar cada creyente el sacrificio por el cual le fue asegurada su salvación eternal!... Creyentes, demostremos nuestra comprensión del valor incalculable de este gran sacrificio, trayéndole diariamente nuestros pecados, recibiendo

consuelo de él cada hora, y por medio de entregarnos cuerpo, alma y espíritu, como sacrificio vivo a Dios.

De qué valor incalculable es Cristo *por todos los oficios y relaciones que mantiene con su pueblo*. De valor incalculable es la Cabeza, la Cabeza de su pueblo por la garantía del pacto, el origen de la vida, la sede del poder, la fuente de toda bendición. Lector, *iaférrate a la cabeza que es Cristo!* No reconozcas ninguna cabeza legislativa, ninguna cabeza administrativa, ninguna cabeza de las autoridades, ninguna cabeza actual de la Iglesia, sino solo al SEÑOR JESUCRISTO. Existen en la actualidad corrientes de dominación sacerdotal en la Iglesia de Dios, que se levantan contra esta verdad cardinal y contra la cual nos tenemos que mantener en guardia. ¡No reconozcamos ninguna Cabeza o Rey en Sión más que el Señor Jesús! Demostremos nuestro reconocimiento, reverencia y amor a su gobierno vindicando su soberanía, doblegándonos a su autoridad y obedeciendo sus leyes. ¡Oh, qué bendición es estar bajo la soberanía santa, benigna y tierna del gobierno de Cristo, cuyo cetro es un cetro de justicia, tan suave y amante en su balanceo que “la caña cascada no quebrará, y el pábilo que humea no apagará!” (Mat. 12:20)...

¿PERO PARA QUIÉN ES CRISTO DE VALOR INCALCULABLE?

Esta es una pregunta muy importante. No lo es para todos. Es una clase privilegiada, un pueblo singular, una manada pequeña, con pocas ovejas desparramadas, escondidas y desconocidas las que sienten el valor incalculable del Salvador. Solo para el *creyente* es Cristo de valor incalculable; la declaración del Espíritu Santo “para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso”. Esto es cierto filosófica al igual que bíblicamente. No puede haber una convicción del valor de un objeto del cual no tenemos una percepción clara e inteligente. Tiene que haber algo que despierte el interés, que produzca admiración, que inspire amor; el objeto tiene que ser visto, conocido y puesto a prueba.

Ahora bien, la única facultad espiritual que discierne a Cristo y al discernirlo advierte su valor inmedible, es la *fe*. La fe es el ojo espiritual del alma. La fe ve a Cristo; y al ver a Cristo, su excelencia es revelada. Al ir revelándose su excelencia, se convierte en un objeto amado. ¡Oh, qué hermoso y qué glorioso es Jesús para los ojos claros y con la visión clarividente de la fe! La fe lo contempla a él, el que no tiene paralelos, su hermosura eclipsando, su gloria opacando al resto de los seres. La fe ve su majestad en su humildad, dignidad en su condescendencia, honor en su humillación, belleza en sus lágrimas, trascendente, sobrepasando su gloria en la cruz... Amados, en la proporción en que la dignidad, hermosura y excelencia personal del Señor Jesús se va manifestando a los que creen, se va entronizando con más seguridad y profundidad en el

más cálido amor del corazón. Tenemos que conocer al Señor Jesús para admirarlo, tenemos que admirarlo para amarlo y tenemos que amarlo para servirle.

El creyente también ve una *idoneidad* en Cristo, lo ve justamente como el Salvador apropiado para las necesidades de su alma, y esto lo hace de un valor singular e incalculable. “Lo veo”, exclama el creyente, “exactamente como el Cristo que necesito: su plenitud llena mi vaciedad, su sangre limpia mi culpa, su gracia apaga mi pecado, su paciencia aguanta todas mis flaquezas, su mansedumbre socorre mi debilidad, su amor aviva mi obediencia, su compasión calma mis aflicciones, su hermosura es atractiva a mi vista. Es justo el Salvador, justo el Cristo que necesito, y no hay palabras que puedan describir su valor incalculable para mi alma”... El creyente puede decir: “Cristo es *mío*, y tengo todas las cosas en uno, en Cristo quien es mi todo en todo”. Esta fe temblorosa y simple, sublime en su sencillez, poderosa en sus temblores, toma en su regazo todos los tesoros del pacto eterno de gracia y toda la plenitud de la Garantía del pacto, y exclama: “Todo es *mío* porque Cristo es *mío*, y yo soy de Cristo”... Si has acudido a Jesús como un pecador creyente, pobre y vacío, no hay un latido de amor de su corazón amante, ni una gota de sangre de sus venas, ni una partícula de gracia en su plenitud mediadora, ni un pensamiento de paz en su mente divina que no sea tuyo, todo tuyo, indubitablemente tuyo, tan tuyo como si fueras el único que lo posee. Y en la proporción en que te relacionas con Cristo andando individualmente con él, viviendo en él, viviendo de él, relacionándote tan personalmente con él como él se relaciona contigo, más lo irás estimando y de más valor irá siendo para tu alma...

Existen *circunstancias* específicas en las experiencias del creyente cuando Cristo le es a su alma de un valor especialmente incalculable. Por ejemplo: en los escondrijos más recónditos de los pecados escondidos del corazón —cuando el Espíritu Santo revela más de la corrupción innata de nuestra naturaleza y nos da más percepción espiritual de lo sumamente pecaminoso del pecado, ¡oh, de qué valor incalculable es entonces la obra consumada de Cristo!— ¡de cuánto valor incalculable la sangre que limpia de todo pecado! Si Dios te está guiando por esta etapa de la experiencia cristiana, no te alarmes, amado. No es más que para levantar a su Hijo amado sobre los destrozos y las ruinas de tus propios méritos, fuerzas y suficiencias. Él quiere que amemos a su Hijo con un amor como el suyo: un amor divino, supremo, inefable; y esto lo podemos sentir únicamente a la luz de nuestra propia nulidad.

En momentos de *recaídas espirituales*, de qué valor incalculable nos es Cristo como Restaurador de sus santos, como el pastor que va en busca

de la oveja perdida y la trae de vuelta al redil con regocijo. ¡Qué indescriptiblemente amado es el Salvador al corazón desviado que ha sido restaurado! Nuestras recaídas son constantes y graves, nuestros sentimientos fluctúan y se descarrian, nuestro amor desfallece, nuestro celo se enfría, nuestro andar a menudo es débil e inseguro, pero Jesús no le quita la mirada a la obra que él mismo ha hecho en el alma, y nunca ni por un momento pierde de vista a su oveja descarriada...

¡De qué valor incalculable es Cristo en las temporadas de tentación ardiente! Cuando aparece el enemigo vestido como ángel de luz, con pasos cautelosos, palabras irresistibles y sutil persuasión para atrapar y seducir a los desprevenidos e incautos —lanzando sus flechas al fundamento mismo de nuestra fe— insinuando sus dudas acerca de la verdad de la Biblia, de la existencia de Dios, de la suficiencia del Salvador y de la realidad de un mundo futuro, intentando sacudir nuestra seguridad, oscurecer la esperanza y destruir la paz del pueblo de Dios; ¡oh, de cuánto valor es entonces Cristo como Conquistador y Vencedor sobre Satanás; como el que da fuerzas al creyente tembloroso para apagar la flecha ardiente en su propia sangre y refugiarse bajo sus alas protectoras!... Él, quien solo y sin ayuda, luchó contra Satanás aquellos cuarenta días y noches en la soledad del desierto: él quien que “fue tentado en todo según nuestra semejanza” (Heb. 4:15) y “sabe... librar de tentación a los piadosos” (2 Ped. 2:9) pronto herirá a Satanás y lo aplastará bajo nuestros pies (Rom. 16:20).

En la hora de la adversidad, de la prueba, del dolor, ¡oh, de qué valor incalculable es Cristo para el creyente! Amados, pareciera que hasta ese momento nunca lo hubiéramos conocido. Por cierto que nunca habíamos sabido por experiencia que había en su corazón tanta humanidad, ternura y compasión hasta que la aflicción embargó el nuestro. No teníamos idea qué fuente de compasión había allí. Una vuelta en nuestro camino, una nuevo curso en nuestra vida o una nueva etapa en nuestro peregrinaje se ha congelado con el copo de nieve arrasando con la tormenta invernal todo el paisaje de la vida: desaparece nuestra fortuna, se apartan los amigos, falla la salud, amenaza la pobreza, presionan las carencias, oh, qué triste y solitario parece la senda por la que andamos. Pero hagamos una pausa, ¡no todo es invierno! ¡Se acerca Jesús! Descubre su pecho una vez traspasado, muestra su corazón una vez triste, y nos recoge en su seno bendito, nos protege del viento y nos resguarda de la tempestad. Nunca habíamos sabido hasta ahora que Jesús tenía una ternura tan exquisita... Lo temporal ha dejado un vacío, pero Cristo ha venido y lo ha llenado. Lo mundano nos ha empobrecido, pero los tesoros del amor divino nos han enriquecido. En el Señor Jesús,

hemos más que encontrado al ser amado que perdimos; y si en el mundo hemos tenido tribulación, en él hemos encontrado paz. ¡Oh dulce aflicción! ¡Oh tristeza sagrada que entroniza y atesora a nuestro Salvador con más preeminencia y profundidad en nuestra alma!

Existe una *supremacía* en el sentimiento del valor incalculable de Cristo por parte del creyente, que vale la pena subrayar. Cristo tiene la *preeminencia* en los sentimientos de los regenerados. “¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra” (Sal. 73:25). Escucha sus propias palabras, confirmando su derecho a un afecto único y supremo: “El que ama a padre o madre” —*hermano o hermana, esposa o hijos*— “más que a mí, no es digno de mí” (Mat. 10:37). Hay lazos naturales de afecto: paternos, maternos, conyugales y filiales; los hay también, de amistad y amor humano, uniendo los corazones. De ellos, ni una palabra en contra dice aquel que inspiró estos afectos y que formó estos lazos, no niega su existencia ni los prohíbe. No, la religión que él vino a inculcar reconoce claramente estas relaciones humanas, y busca fortalecerlas e intensificarlas por medio de purificarlas, elevarlas e inmortalizarlas. ¡Pero tomemos nota de las palabras enfáticas que empleó Jesús: “*más que a mí*”!... En suma, Cristo tiene que llegar a ser más supremo y de más valor para nosotros que cualquier otro dulce amor o relación en la vida...

Recibamos como de valor incalculable todo lo que fluye del gobierno de Jesús. Un Cristo de valor incalculable no puede darnos nada que no sea de valor incalculable. Recibamos de buen grado la reprimenda: puede ser humillante; recibamos de buen grado la prueba: puede ser dolorosa; recibamos de buen grado la lección: puede ser difícil; recibamos de buen grado la copa: puede ser amarga; recibamos de buen grado todo lo que procede de Cristo en nuestra propia vida. Todo lo que Jesús envía es costoso, beneficioso y valioso... Aun las dispensaciones disciplinarias más severas en el gobierno de Cristo son tanto el fruto de su amor eterno y redentor como la expresión más tierna y conmovedora de ese amor pronunciada desde la cruz. Todo los tratos con Cristo son sabios, beneficiosos y de valor incalculable. Sus enseñanzas, sus heridas, sus negativas, su retraerse, el cambio de su rostro, sus tonos alterados, cuando, en suma, levanta su mano y la hace caer sobre nosotros, golpeándonos siete veces, aun entonces, ¡oh, de cuánto valor debiera ser Cristo para el alma que cree! ¡Es entonces cuando aprendemos por experiencia qué bálsamo emana de su corazón traspasado para aquella herida que su propia mano causó!... ¡Oh, Cristo precioso! Tan divino, tan absolutamente suficiente, tan indescriptiblemente precioso, ¿cómo no vamos a recibir con agradecimiento y sumisión todo lo que envías...?

Pero se aproxima una época —¡ah, con cuánta rapidez!— que será grave y difícil, y no obstante, la prueba más dulce y auténtica del poder vigorizador y calmante del valor incalculable de Cristo en la experiencia de sus santos: la *última enfermedad y la escena final de la vida*. Imagínate que ese momento ha llegado. Todas las atracciones del mundo dejan de ser, todo lo que nutre a la criatura fracasa. Todo se está debilitando. El corazón y las fuerzas se debilitan, el poder de la mente se debilita —la ciencia médica fracasa— se debilitan los sentimientos; el velo de la muerte empaña la mirada, y se va descorriendo el velo de las realidades invisibles del mundo del espíritu. Inclinado sobre ti, tu ser querido que te ha acompañado hasta la orilla del río helado, te pide una señal. Pero estás demasiado débil para formar un pensamiento, para decir una palabra, demasiado ensimismado para responder con una mirada. No puedes ahora demostrar tu fe en un credo elaborado, y no tienes ninguna experiencia profunda, ni emociones extáticas ni visiones celestiales para describir. *Una* sola frase breve, pero muy enfática contiene todo lo que ahora sabes, crees y sientes. Es tu profesión de fe, la suma total de tu experiencia, el fundamento de tu esperanza: “CRISTO ES PRECIOSO PARA MI ALMA”. ¡Basta! Es todo lo que el cristiano moribundo puede dar y todo lo que el amigo inquisitivo puede esperar.

¡Queridísimo Salvador, quédate muy cerca de mí en ese momento solemne! Camina a mi lado por el valle, recuesta mi lánguida cabeza sobre tu pecho, dime estas palabras de aliento a mi alma fatigosa y jadeante que ya parte de este mundo: “No temas, porque yo estoy contigo” (Isa. 43:5). Entonces, la muerte será felicidad para mí —la muerte no tendrá nada nocivo, le tumba nada de oscuridad, la eternidad ninguna ansiedad; y, por mi amplia experiencia de tu valor incalculable sobre la tierra, pasaré triunfante por el tenebroso portal a tu luz esplendorosa, al cumplimiento perfecto y al gozo eterno de todo lo que la fe creyó, el amor anheló y la esperanza anticipó de tu gloria absoluta y tu valor incalculable en el cielo.

Tomado de “The Preciousness of Christ” (Lo precioso de Cristo) en *The Precious Things of God* (Las cosas preciosas de Dios), Soli Deo Gloria, una división de Reformation Heritage Books, www.heritagebooks.org.

Octavius Winslow (1808-1878): Pastor inconformista; nacido en Londres, Inglaterra, criado en Nueva York, enterrado en Abbey Cemetery, Bath, Inglaterra.

